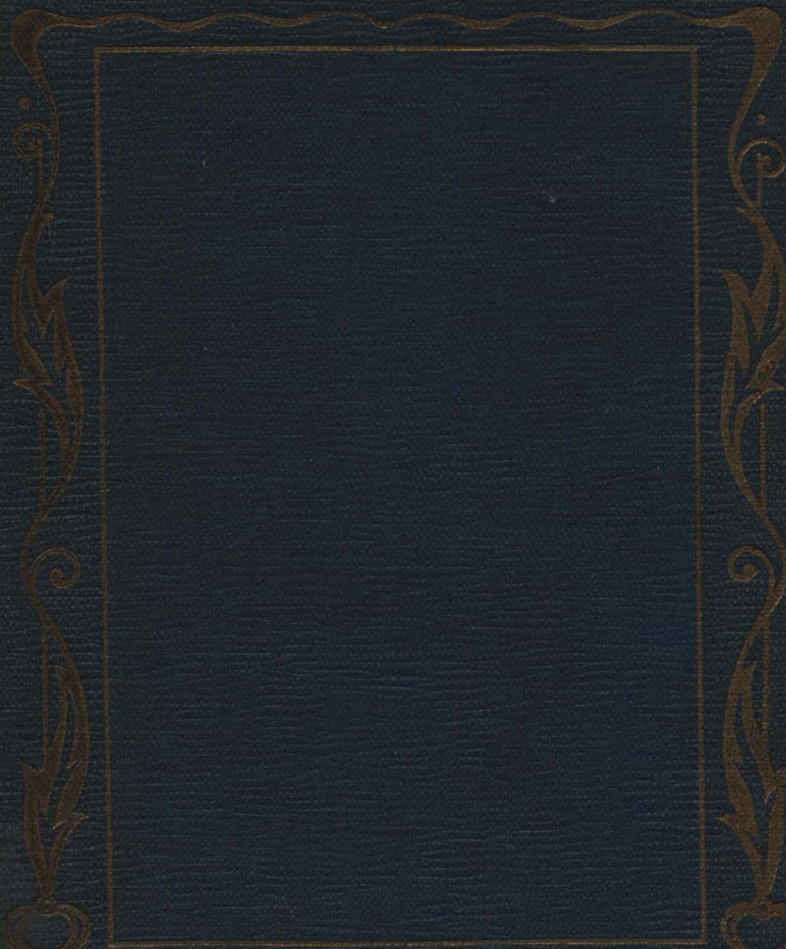


ISABEL LA CATÓLICA



PAGINAS BRILLANTES

ISABEL LA CATÓLICA

SU VIDA, SUS GRANDES OBRAS

PAGINAS BRILLANTES
DE LA HISTORIA

ISABEL LA CATÓLICA

SU VIDA, SUS GRANDES OBRAS

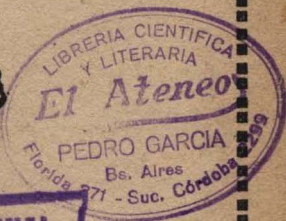
NARRADAS A LOS NIÑOS

POR

CARMELA EULATE SANJURJO X

Ilustraciones de ALBERT

23826



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Publicado por la Casa Editorial ARALUCE
Calle de las Cortes, 392 :: BARCELONA

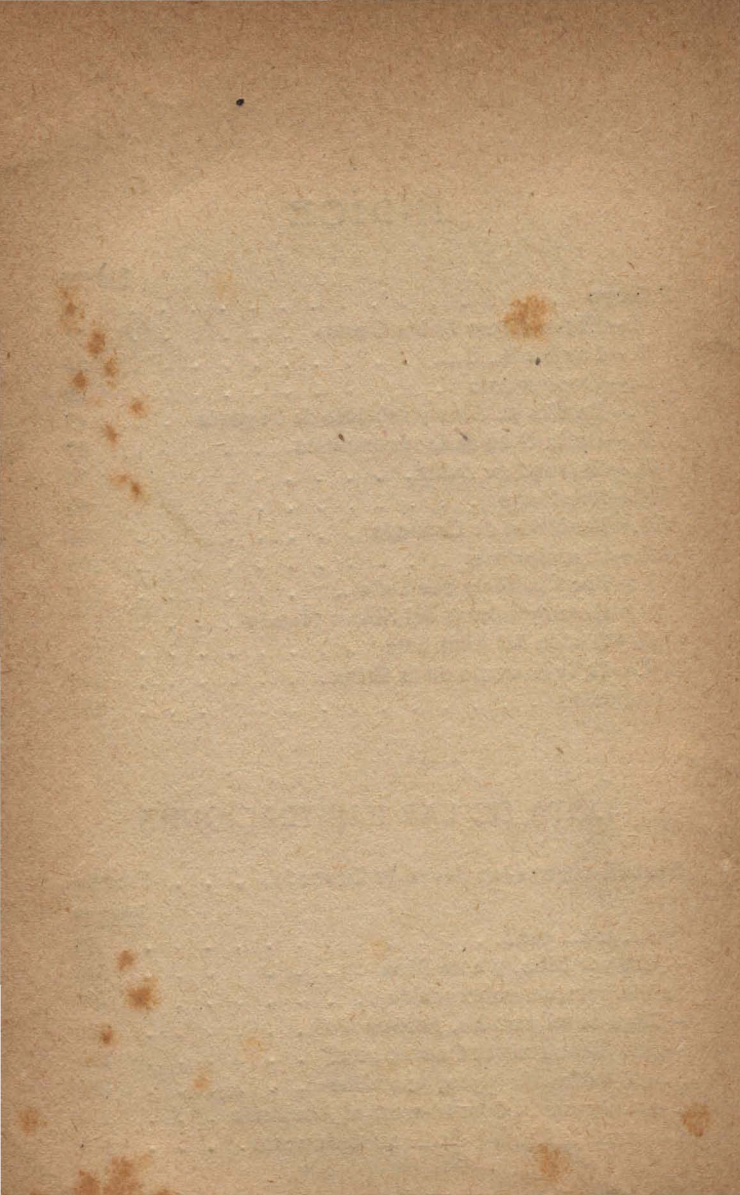
Es propiedad del Editor

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo	vii
I.—El juramento de las Cortes	11
II.—Las S...S...S....	23
III.—Tanto monta	39
IV.—Batalla de Toro y rebeldía de Segovia	49
V.—Hacia el fin de la reconquista.	59
VI.—El laurel de Zubia.	75
VII.—Ave María	83
VIII.—Rendición de Granada	95
IX.—El visionario	105
X.—Por Castilla y por León...	117
XI.—Descubrimiento del Nuevo Mundo	127
XII.—Prisión del Almirante	137
XIII.—El Testamento de la Reina	149
Conclusión	157

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Boabdil entrega las llaves de Granada.	Frontis
	<u>Páginas</u>
Ese... ese... ese...	36
—Juro por Dios, y ante Dios	45
La ola humana embravecida	57
—Tuyo es mi paraíso, porque Alah	101
—¿Es vuestra merced navegante?	109
...aquí están mis joyas, tomadlas	124
...cuando vieron desembarcar al Almirante	130
Comenzó la Reina a dictar su testamento	153



PRÓLOGO

Queridos niños:

En dos hechos históricos se concentra toda la grandeza de España al comenzar la Edad Moderna; estos hechos son, la unidad nacional y el descubrimiento de América; lo realizaron hombres de genio como el rey don Fernando, Gonzalo de Córdoba y Cristóbal Colón, pero entiendo que la piedra angular de este gran edificio de glorias españolas, fué la reina doña Isabel.

En las páginas siguientes, fiel relato de su excelsa vida, sacados de las Crónicas de Alonso de Palencia, Zurita, Oviedo, Hernán Pérez del Pulgar «el de las Hazañas», y otros muchos cronistas contemporáneos de la gran reina, hallareis descrita esta existencia verdadero tejido de virtudes de toda índole, y vereis confirmadas la frase de Colón, cuando escribe

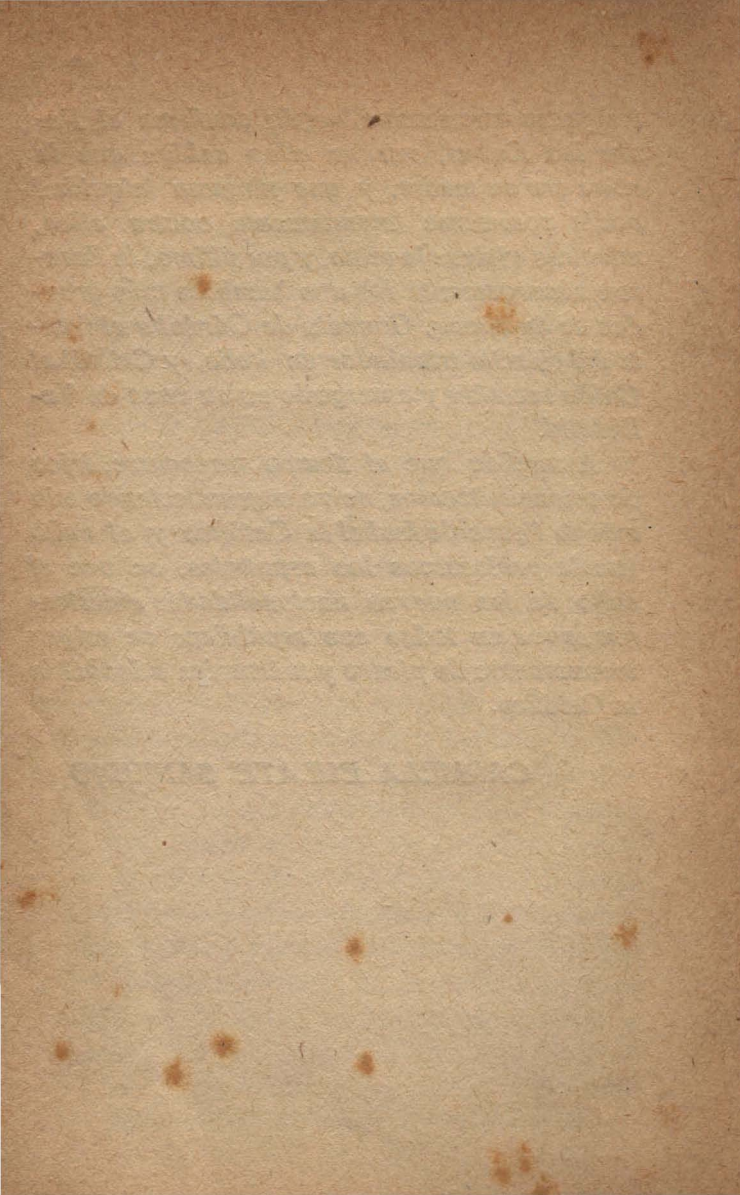
en una de sus cartas, que Dios iluminó a la reina para que cuando todos los hombres de su época eran incrédulos, ella tuviese fe en sus palabras.

Sin Isabel la Católica, Gonzalo de Córdoba no hubiese ido a Italia, sin Isabel la Católica, quizás la nación no habría comprendido ante el ataque de los moros a Zahara, que debía comenzar la última etapa de la reconquista, y sin Isabel la Católica finalmente, Colón no habría encontrado el apoyo de Castilla que le permitió descubrir el Nuevo Mundo. Tal vez hubiese muerto triste y desconocido, y hubiera otro navegante llevado la civilización occidental y la religión de Cristo a la virgen América pero bajo otra bandera. La reina Isabel, fué, según el testimonio de todos los que la conocieron, la mujer más hermosa de España y si su acendrada piedad no le hubiese valido el nombre de Reina Católica, se la conocería por el de la Amada Soberana, porque ninguna reina fué nunca el ídolo de su pueblo tanto como lo fué ella. Al morir, la lloraron la tierra y los cielos, siendo tradición que llovió durante quince días y noches sin descanso, mientras se trasladaba el féretro de la reina desde su castillo de la Mota, en Medina del Campo, a Granada, y la lloraron también las muchedumbres que agolpáronse al paso del fúnebre cortejo. Un quejido desgarrador exhalaban los

indígenas americanos, según confirma el Padre las Casas, porque ellos sabían que la reina era su madre, y que ninguna iniquidad podía cometerse impunemente contra ellos, mientras viviese la reina, y por último, la lloraron amargamente los dos hombres más grandes de su época, Gonzalo de Córdoba al frente del ejército triunfador en Italia, y Cristóbal Colón recluso y amargado en su casa de Valladolid.

A medida que el tiempo transcurre, lejos de empequeñecerse, se va engrandeciendo aún más la figura de Isabel la Católica y al culto que le profesamos los españoles, se une el culto de las nuevas nacionalidades americanas, pues en todas sus repúblicas se erigen monumentos de piedra y mármoles a Isabel la Católica.

CARMELA EULATE SANJURJO



CAPITULO PRIMERO

EL JURAMENTO DE LAS CORTES



orría el año de 1468, y las turbulencias que habían agitado a Castilla parecían próximas a terminarse.

En el Castillo de Arévalo aguardaba una encantadora joven, Infanta de Castilla, el resultado de las conferencias que se estaban celebrando entre su hermano el rey don Enrique IV y los partidarios de que la Infanta fuese reconocida inmediatamente como heredera del trono.

Esta joven era la hija nacida del enlace de don Juan rey de Castilla, y su esposa doña

Isabel de Portugal, y es de la que se ocupa la historia, con general aplauso con el nombre de Isabel la Católica.

A la muerte de su padre acababa de cumplir cuatro años, y de su educación se ocupó la reina viuda, teniendo cuidado de que se formase el corazón de la tierna niña sobre los más sólidos principios de piedad cristiana. Como desde su infancia se le fueron inculcando las sabias doctrinas de nuestra religión, a la edad de diez y seis años, que es cuando comienza nuestro relato, la infanta era un perfecto dechado de virtudes.

Dios había querido también cincelar un vaso de elección para encerrar en él el espíritu más puro y magnánimo que han conocido los siglos, de tal modo, que sólo al fijar los ojos en la joven se sentía la impresión de que se estaba contemplando una criatura superior.

Tenía doña Isabel los cabellos rubios de un tono castaño dorado, que encuadraban una frente tersa de admirable dibujo cayendo sobre su cuello, velados por las blancas tocas de un cendal, pues era tal su recato, que le

parecía atrevido el mostrar su cabeza descubierta.

Azules eran sus ojos, de un matiz transparente en el iris y claro como si fuese el cristal en que se retrataba la bóveda celeste, o más bien, las ventanas por donde pudiera penetrarse hasta el cielo de su alma.

Pequeña y roja era la boca, menudos y blancos los dientes, y de un óvalo perfecto el rostro, animado siempre por una sonrisa más que dulce, magnánima, advirtiéndose en toda la persona de aquella joven, el sello inconfundible de su estirpe real.

Su estatura era mediana, de admirables proporciones, que no dejaban más que entrever las pesadas telas de su traje talar. En las extremidades aparecían los pies pequeños y finamente calzados, y las manos blancas y delicadas como dos azucenas surgiendo de las anchas mangas.

Aguardaba la joven sin ninguna impaciencia la anunciada visita de uno de los personajes de Castilla, que hacía pocas semanas había ido a buscarla al Monasterio de Avila. Allí estaba entonces doña Isabel, reclusa voluntariamente, en devoto retiro para pe-

dir a Dios con sus oraciones y sus ayunos la pacificación del reino.

Obedeciendo a los deseos de su madre, se había trasladado al castillo de Arévalo, pero ni un pensamiento ambicioso, ni un deseo de grandeza, cruzaron en ningún instante aquella frente angelical, ni hicieron latir aceleradamente su corazón de infanta castellana. Ella por su naturaleza, se sentía al margen de los acontecimientos del mundo, sólo dominada por la idea única de cumplir en su persona la voluntad de Dios abandonándose a ésta sin la menor reserva.

Oyéronse en el jardín los pasos de un paje que anunció a doña Isabel que el arzobispo de Sevilla, don Pedro González de Mendoza, acababa de llegar al castillo y pedía su venia para pasar a saludarla.

Concedida que fué por la Infanta, don Pedro Mendoza, el más entusiasta de sus partidarios, compareció delante de ella, expresándose en estos términos, después de haberla saludado con el mayor respeto :

—Debéis saber, Alteza, que vuestro hermano, atendiendo a la demanda que le hemos hecho los representantes de todas las comarcas

que integran los reinos de Castilla y de León, está conforme en reconocer vuestro legítimo derecho. Nosotros nos reuniremos en Cortes para decretar el juramento que se os prestará como heredera del trono.

Doña Isabel, tras de una pequeña pausa, dijo con su voz melodiosa :

—Quiero entender, Eminencia, que no se le habrá hecho ninguna intimación a mi hermano y señor el rey. Yo vivo feliz en mi retiro sin que me agiten las ambiciones del mundo, y aquí esperaba que la voluntad de Dios se manifestase en la forma que El creyese más beneficiosa para los intereses de Castilla.

—Vuestro hermano, el rey mi señor—respondió don Pedro de Mendoza—, sabe perfectamente que Vos, Alteza, nada tenéis que ver con las sollicitaciones de vuestros partidarios. Somos muchos los que pensamos que, corriendo por vuestras venas la sangre real de mi difunto señor y rey don Juan, debéis subir a ocupar su trono, cuando Dios llame a sí, a nuestro rey mi señor don Enrique. La ley de sucesión de Castilla no excluye a las hembras del trono, y ejemplos tenemos

en nuestra historia, de esforzadas matronas, como la reina doña Berenguela, que supieron engrandecer nuestra amada patria.

A éstas y otras razones, que continuó exponiendo el arzobispo, respondió doña Isabel :

—Confío, Eminencia, en que si Dios me llama algún día a regir los destinos de Castilla, me dotará de los medios necesarios para que pueda cumplir la misión que El me asigna. Si Dios en su omnipotencia, y en su misericordia da a todas las criaturas humanas las condiciones que precisan para cumplir su voluntad, yo confío en que mi oración constante ha de dotarme de capacidad suficiente para regir a Castilla.

Y mientras así hablaba, tenía la Infanta los ojos fijos en el espacio, como si entreviese más allá de la cortina azul de los cielos, a Aquel de quien ella esperaba el poder necesario para el cumplimiento de su sagrada misión.

Al retirarse don Pedro González de Mendoza, pasó éste en seguida a comunicar el resultado de su entrevista con la Infanta a los otros confederados, y quedó resuelto que

serían convocadas las Cortes, algunas semanas después, llevándose a cabo esta reunión en el término prefijado.

Doña Isabel que conocía a fondo la historia de su país, había pedido con insistencia al arzobispo, esta convocatoria de las Cortes, recordando que las primeras se habían reunido en la ciudad de Burgos en el año 1169 y que ellas eran el baluarte más firme de las libertades castellanas y que, por ende, ningún príncipe debía considerarse como sucesor de la corona, mientras las Cortes no hubiesen reconocido su derecho.

Entre tanto se preparó la entrevista que debía verificarse entre Enrique IV y su joven hermana, escogiéndose para llevarla a efecto, el Monasterio de Guisando adonde acompañaron a doña Isabel un gran número de sus partidarios formándole un brillante cortejo.

La Infanta por su parte, lejos de mostrarse enorgullecida con el triunfo político que acababa de obtener, ni de guardar el más pequeño rencor a su hermano, que tantas amarguras la hiciera sufrir en años anteriores, avanzó hacia él con la sonrisa en los labios,

y al aproximarse, le rindió el homenaje que como rey le era debido.

El monarca abrazó a su hermana, estrechándola contra su corazón, y los allí presentes, profundamente conmovidos, prorrumpieron en atronadores gritos de ¡ viva el rey ! ¡ viva la princesa de Asturias !

No bien terminaron estos preliminares, y se reunieron en Ocaña las convocadas Cortes, para dar validez al trato concertado en el Monasterio de Guisando, cuando doña Isabel abandonó la corte, volviendo a recluirse en su modesto retiro.

Si no fué ella antes inclinada al goce de los placeres fastuosos de una corte real, mucho menos lo era ahora, que se sentía oprimida entre el temor de una misión providencial que asustaba a su juvenil corazón, y el desagrado que en su espíritu severo provocaban las manifestaciones externas de las costumbres de aquella época.

Así pues, se negó rotundamente a habitar con el rey en el alcázar de Madrid, diciéndole que su deseo era la soledad, y que entre el ruido de las fiestas cortesanas no hallaría tiempo para cumplir con sus devociones, ni

de atender a la vez al perfeccionamiento con sabios maestros de los conocimientos que ella creía le serían precisos cuando en el porvenir tuviera que regir un reino.

Deseaba don Enrique tenerla consigo, para que se disipasen los que él calificaba de exagerados escrúpulos en una princesa tan joven tan bella e inteligente. Encontraba extraño que huyese de las alabanzas, buscando el retiro que sólo convenía, a su entender, a damas que por su edad y circunstancias hubiesen brillado antes en el mundo, y a las que la suerte relegara a una posición secundaria.

También influía en el deseo de don Enrique de vencer el retraimiento de su hermana, su afán de verla aceptar por esposo al rey de Portugal, pretendiente que desde años anteriores la había solicitado en himeneo, y al que ella, con exquisita cortesía, pero con inquebrantable constancia, rehusó siempre aceptar.

Doña Isabel tenía formada la más concienzuda imagen de sus deberes como reina futura de Castilla, pero no entendía que entre estos deberes pudiera incluirse el de tomar por esposo a un hombre de mucha más edad

que ella, y cuya persona le fué desagradable la vez que su hermano la obligó a una entrevista con este monarca.

Acababa de cumplir ahora la Infanta diez y siete años, y su joven corazón abrigaba la dulce esperanza de que Dios le proporcionaría en el esposo elegido para compartir su vida, al que pudiese participar de todos sus anhelos de engrandecimiento nacional como reina, dándole a la vez inefables alegrías de familia como esposa.

Hablando con don Pedro González de Mendoza, que fué su principal amigo y protector en estos años, le exponía con el mayor recato sus dulces aspiraciones, a las que contestaba afablemente el Prelado haciéndole observar a su vez :

—No tema, Vuestra Alteza que el rey mi señor, pueda obligarla a contraer matrimonio contra su voluntad. Está escrito en las leyes de Castilla, que sus Infantas para aceptar un esposo, necesitan la aprobación de los nobles del reino. Esto se comprende, porque muertes sucesivas ocurridas en la real familia, pudieran conducir a una de nuestras princesas a ocupar el trono y en ese caso, su

enlace habría traído a nuestra patria una dinastía extranjera, tal vez peligrosa.

Doña Isabel inclinó su rubia cabeza en señal de asentimiento a las palabras del arzobispo, pareciéndole en extremo paternal aquella ley castellana, que tan noblemente amparaba a las hijas de sus reyes.

Don Pedro continuó diciendo :

—Ha de tener presente, Vuestra Alteza, que esta ley impide también a las Infantas de Castilla enlaces desiguales, que pudieran disminuir el prestigio de su estirpe real. Nuestras princesas son las perlas más preciadas del tesoro de la nación, y el pueblo las ama como a cosa propia, y desea verlas felices.

Entonces doña Isabel queriendo concretar su pensamiento dijo así :

—Para decidirme a aceptar esposo yo tomaré primero el consejo de Dios al que invocaré en mi oración, el vuestro, Eminencia, y el de mis amigos.

Así quedó convenido el pacto entre la joven Infanta, cuya mano iban a disputarse los príncipes más poderosos de Europa, y el sabio prelado que había aprendido a amarla como si fuese su propia hija.

CAPITULO SEGUNDO

S...S...S...



1 pueblo entero de Castilla adoraba a su Infanta, en la que siempre hallaron todos la mayor afabilidad para nobles y villanos, afabilidad que no excluía el

respeto debido a su estirpe regia.

El porte grave de doña Isabel que tanto realce daba a su juvenil belleza, las contadas veces que consintió en presentarse en la corte del rey su hermano, trocábase en franca cordialidad, cuando al salir de su castillo para asistir a la santa misa, o a cualquier otro menester, se detenía para dejarse besar

la mano por los niños que acudían a su paso.

En estas circunstancias solía ir acompañada por una dama anciana, y por otra joven que era su amiga de la infancia, y que se llamaba doña Beatriz Fernández de Bobadilla.

Muchas veces cuando la salida obedecía a remediar la miseria de cualquier familia de la comarca, pues no se conformaba la Infanta con remitir por mano extraña la dádiva de socorro, iba a llevarla ella misma, gozando en enjugar las lágrimas de los menesterosos.

Por efecto de las condiciones en que se desarrollaba su existencia de princesa real, había cambiado muchas veces de ciudad y de aldea, y eran muchos, muchísimos, los hombres y las mujeres de Castilla que la conocían personalmente y los que de manera más o menos directa, podían dar fiel testimonio de sus virtudes.

Así, de pueblo en pueblo, y de villa en villa, llevado el relato, cual conseja popular en pláticas y romances, corrió por toda la península la feliz nueva de que existía en Castilla una princesa criada por Dios con

tantas perfecciones, que más parecía un ángel del cielo que un ser humano.

Al saber los sencillos campesinos que sus representantes en las Cortes habían asegurado la corona en las sienes de la adorada Infanta, no sintieron el natural temor que en épocas anteriores sobrecogió al pueblo cuando por fenecer el rey que les regía, vieron pasar su cetro a manos femeniles.

Muy joven era doña Isabel para que en el término breve que la delicada salud de su hermano el rey Enrique IV hacía presagiar, se sentara en el trono de un país tan combatido por las luchas interiores que hacían surgir las rivalidades de los nobles y con dos enemigos fronterizos tan peligrosos como el rey de Portugal, y el rey moro de Granada.

Cierto que por aquella época, estaba Castilla en paz con estos reinos, pero ya Muley Hacén al ceñirse la corona de Granada, había hecho una incursión por tierras de Andalucía, que formaban parte del reino de Castilla, y sin duda, cuando viese ascender al trono a una jovencita de menos de veinte años, su ambición la consideraría fácil presa, rompiéndose de improviso aquellas treguas

últimas, que por no firmarse paces definitivas entre musulmanes y cristianos, hacían las veces de un tratado de paz.

El problema que preocupaba al pueblo era el mismo por el que latía aceleradamente el corazón de la Infanta convertida en princesa de Asturias. ¿Quién sería el hombre que debiese venir a Castilla a sentarse con doña Isabel en el trono de sus mayores?

En efecto, tan pronto fué conocida en Europa la nueva posición de doña Isabel, cuando numerosos pretendientes se apresuraron a enviar embajadas a la corte de Castilla. Uno de los primeros, fué el rey de Inglaterra, pidiendo para su hermano el duque de Gloucester, la mano de la Infanta, y haciendo valer la circunstancia de que la joven princesa de Asturias era nieta de la princesa inglesa, Catalina de Lancáster.

Comunicó Enrique IV a su hermana la real demanda, y la joven con su acostumbrada penetración y tacto, rehusó acceder a ella, pues le era dolorosísimo el separarse de su país, o el traer a regir sus destinos a un hombre completamente extraño a sus usos, lengua y costumbres.

Igual fué su actitud cuando los embajadores del rey de Francia presentaron a su vez la petición de matrimonio en nombre del hermano de su rey, el duque de Guyena. Ellos insistieron en que por no tener el rey descendencia directa, su hermano el duque heredaría el trono, y así en su demanda, venían a ofrecer a doña Isabel, para un término tal vez no distante, la corona de Francia, la más rica de todas las de Europa.

Negóse la infanta a aceptar estas nupcias que tan pomposas se le ofrecían, y en este trance, como en el anterior, su natural discreción envolvió en la más exquisita amabilidad la repulsa.

Quedaba un tercer pretendiente, que aun no se había exteriorizado con una pública demanda, pero que era, por tratarse de un príncipe nacido en España, el que preferían la Infanta y el pueblo.

Así cuando de boca en boca llevábase la noticia de que habían llegado a la corte las reales embajadas, el pueblo entero agitábase temeroso de que las ambiciones del rey, permitieran que saliese de España la bella princesa.

Sabíase también, que el Infante de Aragón era un joven de la misma edad que doña Isabel, y viajeros que habían cruzado el Ebro, referían de su persona y de sus hechos, miles de consejas y relatos fantásticos, todos encaminados a hacerle aparecer como a un mozo de las más brillantes prendas.

Hallábase una tarde la Infanta en su aposento como de costumbre, ocupando sus ocios en hilar el lino en su rueca de marfil y oro. La rodeaban dos de sus damas, y además estaba presente doña Francisca Nebrija, doncella de grandísima cultura, con quien doña Isabel aprendía entonces la lengua latina que era la que se usaba en aquella época en todas las negociaciones políticas, y que ella, al verse elevada a la dignidad de heredera de una corona, quiso aprender.

Acababa doña Francisca de terminar la lectura de uno de aquellos viejos cronicones en los que San Isidoro relata la historia de los godos en España, y tras de un breve comentario que hizo la princesa, la pausa que siguió a sus palabras, fué interrumpida por un rumor melodioso que venía de afuera.

Eran los jóvenes de la Villa, que se per-

mitían todas las tardes al anochecer obsequiar a la Infanta con una serenata. En las sencillas coplas que cantaban al son de sus guitarras, se repetía el nombre de don Fernando de Aragón, uniéndole al de doña Isabel. De este modo, que aunque parezca atrevido era en realidad expresión del mayor respeto, manifestaba el pueblo su preferencia por el candidato nacional, por el príncipe que al unirse a la princesa castellana, haría que se reuniesen en sus manos los dos cetros católicos de España.

Escuchaba doña Isabel en silencio la música popular, pero sobre su rostro de móviles rasgos, iba marcándose una vaga expresión de ternura, como si aquellas voces de los campesinos, acariciasen en su mente una imagen que le era grata.

Doña Beatriz de Bobadilla preguntó entonces a la Infanta, si había llegado la persona a quien doña Isabel confiase una delicada misión secreta. Sin que se hubiesen cambiado confidencias explícitas, doña Beatriz sabía que el capellán de palacio, Fray Alonso de Coca, saliera dos meses antes, para visitar como peregrino la corte de Zaragoza

y la corte de París, y que él debía traer de este viaje, noticias fidedignas de los enamorados solicitadores de la Infanta.

Cual si su pregunta hubiera sido un conjuero, levantóse el tapiz que interceptaba la comunicación entre aquel aposento y la antesala, y un religioso, de noble y severa catadura apareció en el umbral.

Iban a retirarse las tres damas, pero doña Isabel que tenía un particular afecto por la joven de Bobadilla, le hizo signo de que podía continuar allí, lo que efectuó doña Beatriz con la mayor alegría. Entonces Fray Alonso comenzó a hablar de esta manera :

—He cumplido, Alteza, con el mayor esmero, el delicado encargo que me confiasteis. Pretesté una visita al Santuario de Monserrat que llevé a cabo, y al detenerme en Zaragoza, conseguí hablar a la reina madre, que como sabe vuestra Alteza, es hermana de nuestro almirante de Castilla. También tuve la suerte de cambiar unas palabras con el príncipe don Fernando.

Doña Isabel escuchaba atentamente, pero ni un músculo de su fisonomía dejaba adivinar la impaciencia de su joven corazón.

—Don Fernando—continuó el religioso— es un mancebo de diez y ocho años, pero representa más edad por lo recio y fuerte de su musculatura, y esto se debe a que el rey su padre, ya muy anciano, le lleva consigo en todas sus expediciones, y el príncipe ha hecho frecuentemente vida de campaña. Su rostro es noble y severo, y muy gallarda toda su persona; él, como vuestra Alteza, goza del amor de sus futuros súbditos. Es también muy hábil en el manejo de las armas, monta a caballo como un centauro, y con respecto a la demanda que se sabe ha presentado a la corte de Castilla, puedo decir a vuestra Alteza, que en el instante en que él supo que yo era castellano, aun ignorando el puesto de confianza que tengo cerca de Vuestra Alteza, se manifestó emocionadísimo. En seguida me empezó a hablar de Vuestra Alteza, ponderándome todo lo que sabía de vuestra real hermosura y grandes virtudes.

Doña Isabel frunció ligeramente el entrecejo, y dijo:

—Si no habéis podido apreciar más que las cualidades externas del Infante de Aragón, de poco fruto fué vuestro viaje. Nada

me decís de sus cualidades morales, de su espíritu religioso, de su compenetración con el ideal de nuestro pueblo y de nuestra raza.

Fray Alonso contestó, comprendiendo lo justo del reproche que se le hacía :

—No ha terminado mi relato. En las palabras del Infante al hablarme de Vuestra Alteza, se veía bien que él, como Vuestra Alteza, está penetrado del sentimiento más puro de amor a nuestra santa religión, y que considera providencial las circunstancias de que en estos años herede el trono de Castilla una hembra, cuando a la vez hay un varón soltero que regirá los destinos de la monarquía del Ebro. Don Fernando me afirmó, que él muchas veces había impetrado de Dios las luces necesarias para ver claro en el destino de su pueblo, y no dejarse impresionar por las noticias que corren en toda la península referentes a la singular belleza de la heredera del trono de Castilla.

—Inferís eso, Fray Alonso, de vuestra observación particular, o lo habéis oído explícitamente de los labios de don Fernando?

—Lo expresó con toda claridad las dos veces que hablé con él, y lo mismo me dijo la

reina su madre. Ellos, los aragoneses, comprenden como nosotros los castellanos, la ventaja inmensa que para nuestras patrias respectivas representaría vuestro enlace matrimonial.

—Solamente la razón de estado—interrogó la Infanta con un imperceptible temblor en su voz—creéis que le impulsa a solicitarme por esposa?

—No, Alteza. Entiendo que para el Infante, la descripción que le han hecho de vuestras virtudes es lo que ha decidido su voluntad.

Algo más se dijo en este diálogo, pero con lo antedicho fué bastante para que doña Isabel llamara a su presencia al día siguiente al caballero don Gutierre de Cárdenas, en cuya lealtad tenía la mayor confianza, y le entregase unos pliegos para ir a Zaragoza. Contenían su respuesta afirmativa a los reyes de Aragón autorizando al príncipe a ponerse en seguida en camino para Castilla, donde se celebrarían las bodas.

Antes de proceder de esta manera doña Isabel había tomado el consejo de los nobles castellanos, en especial el de don Pedro Gon-

zález de Mendoza, al que respetaba grandemente por sus condiciones de carácter, y su calidad de prelado. A pesar de que ellos preconizaron el enlace con la monarquía aragonesa, doña Isabel reservó su decisión definitiva hasta el regreso de Fray Alonso de Coca. Entendía ella bien las ventajas políticas de su unión con don Fernando, pero quería, como doncella prudente, tener informes ciertos de las cualidades morales del hombre con el que debiera unirse para siempre.

Grande fué el júbilo que experimentó don Fernando al recibir el ansiado mensaje y como no era posible proporcionarle una escolta digna de su alto puesto, por estar empeñadas las tropas aragonesas en una de sus continuas luchas con los franceses, don Fernando tomó consigo un séquito de nobles de Aragón muy reducido, y con éste, se puso en marcha para Castilla.

Las penalidades de este viaje, realizado de incógnito, fueron grandes, pero a los quince días de haber abandonado Zaragoza, llegaron al reino de León aposentándose en el pueblecito de Dueñas.

Cuando don Gutierre dejó al príncipe en tierra leonesa, se separó del séquito de los aragoneses, y con toda premura, y haciendo marchas forzadas con su caballo, corrió hacia Valladolid, donde residía entonces doña Isabel, para comunicarle que su prometido esposo, de un momento a otro, se presentaría en la ciudad para ofrecerle sus homenajes. Dos días después de la llegada del caballero de Cárdenas, corrió por Valladolid la buena nueva de que en las orillas del Pisuerga había sido vista la comitiva del Infante, y todos los ciudadanos nobles y pecheros, se lanzaron hacia la plaza principal, para ver la entrada de don Fernando, y victorearle como futuro rey de Castilla.

Las damas de su servicio, algunos nobles, y don Pedro González de Mendoza, rodeaban a doña Isabel, quien con natural impaciencia se había asomado al balcón del palacio para distinguir desde allí la brillante comitiva.

Aparecieron los caballeros aragoneses que eran la flor y nata de su país lujosamente vestidos y montados en briosos corceles, que

para el acto de la presentación a la Infanta, traían aparejados.

Como eran ellos jóvenes y galanes, no se distinguía don Fernando, entre todos, y los ojos de las damas, así como los de doña Isabel, escrutaban el vistoso grupo yendo de una a otra figura.

Ya la Infanta se había fijado en uno de los caballeros aragoneses que le fué particularmente simpático, cuando don Gutierre de Cárdenas, inclinándose sobre la baranda del balcón, extendió hacia el mancebo su brazo exclamando :

—Ese... ese... ese...

Y su diestra señaló al mismo doncel de la faz enérgica, que ya habían adivinado los perspicaces ojos de la Infanta.

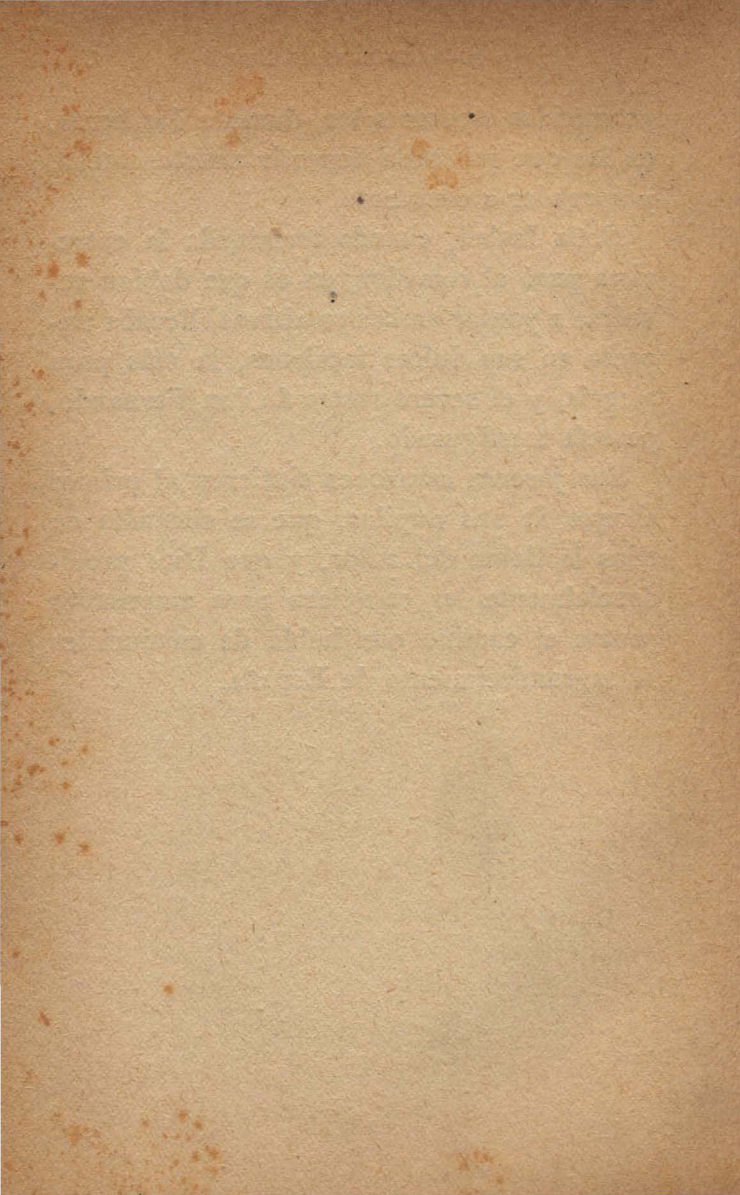
Más tarde, en recuerdo de aquella misión que ejecutó tan brillantemente, y del hecho de haber mostrado don Fernando a doña Isabel, concedió ésta al caballero de Cárdenas, y a toda su descendencia, el que pusiesen tres S, en su escudo, para recordar las palabras dichas aquel día.

Penetró don Fernando en el palacio, y retirándose todos a otra estancia, quedaron los

prometidos esposos solos, durante dos horas, en las que pudieron departir amistosamente y aprender a conocerse.

Doña Isabel, cuando terminada la entrevista pasó al comedor, en el que debían reunirse a yantar ambas comitivas, llevaba impresa en sus dulces facciones, la más pura alegría, y el severo rostro de don Fernando, parecía trasfigurado.

Sus jóvenes corazones sintieron al primer choque de sus pupilas, que se encendía en ellos la llama del amor, y que Dios providencialmente les escogiera para emprender juntos el camino que había de conducirles al engrandecimiento de España.



CAPITULO TERCERO

TANTO MONTA...



abían transcurrido cinco años desde el feliz enlace del príncipe aragonés con la Infanta castellana, y su unión fué bendecida por Dios con el nacimiento de una lindísima niña a la que se le puso el nombre de Isabel en la Pila bautismal. Los esposos continuaron viviendo en Castilla, no sólo por ser la Infanta heredera de su corona, y porque el pueblo ansiaba su presencia, sino porque para doña Isabel habría constituido un verdadero dolor el alejarse de su país, y don Fernando por continuar su pa-

dre en el trono de Aragón podía seguir ausente de su patria nativa.

Habían escogido para residir preferentemente el pueblo de Dueñas, que fué el primero donde se dió a conocer el príncipe cuando llegó a tierras leonesas, y existía además allí, un antiguo palacio de los bienes de la corona que podía albergar con decoro a los futuros monarcas.

En efecto, en él recibían ellos en audiencias reales a muchos distinguidos caballeros que fueron a ofrecerles sus respetos. Allí fué presentado el joven don Gonzalo Fernández de Córdoba de la noble casa de Aguilar, que había combatido, casi adolescente, en las huestes del príncipe don Alfonso. En Dueñas se le asignó el puesto de paje de doña Isabel manifestando desde este instante la más grande adhesión a su señora.

Veinte años de edad contaba ésta por entonces, y diez y nueve su paje, siendo de notar, como en tan juveniles edades, la Infanta inspiró al caballero andaluz el más profundo respeto, pues vió en ella desde el primer instante, la representación más alta de sus ideales propios de grandeza nacional.

Más de una vez llegaron al palacio de Dueñas nuevas de trastornos del reino de Aragón, constantemente hostilizado por los franceses, y una de estas noticias fué de verdadera gravedad. El duque de Saboya, cumpliendo las órdenes del rey de Francia, atacaba la plaza de Perpiñán que era entonces aragonesa, y había ido a ponerle sitio provisto de un importante tren de artillería.

Don Fernando y doña Isabel reunidos, escucharon el siguiente mensaje que les traía un noble caballero de Zaragoza :

—Altezas... el rey mi señor y vuestro padre, entiende que es preciso realizar un gran esfuerzo que libere esa plaza, y estando imposibilitado de llevarlo a cabo por la situación del reino, me envía a hacéroslo presente.

No esperó doña Isabel a que el príncipe hablase, sino que dejándose llevar de su corazón, exclamó con brío :

—Debéis ponerlos, Fernando, en camino con la mayor celeridad. Siempre estamos obligados a ayudar a nuestros compatriotas, pero esta obligación es ineludible, cuando quien reclama nuestro auxilio es un padre. Mucho me apena el separarme de vos, y el

veros partir a esa campaña, pero mi corazón me dice que lograréis en ella el más completo triunfo.

Don Fernando entonces, después de besar la mano a su esposa, dijo así :

—Ya habéis oído, caballero, las palabras de su alteza que se ha adelantado a interpretar mis sentimientos. Podéis decir al rey, mi padre y señor, que tan pronto me sea posible, marcharé a su socorro.

Y no irá su alteza mi esposo, solo, ni con una pequeña comitiva—añadió la infanta—. Estoy segura que cuando acuda a mis bravos castellanos, se apresurarán a seguirle.

—Cuenten vuestras altezas con mi espada—exclamó entonces Gonzalo de Córdoba que, como paje, hallábase de guardia en la cámara real a aquella sazón.

Más tarde, al disponerse todo lo pertinente a la marcha del príncipe, prefirió doña Isabel utilizar a Gonzalo como mensajero en Castilla y en Andalucía, para que con su elocuencia y entusiasmo, animara a los nobles a hacer levass de hombres en sus estados.

Las tropas de refuerzo que llevó don Fernando consigo lograron hacer levantar el si-

tio de Perpiñán, pero como la campaña no llegaba a su término, y el rey de Aragón se sentía achacoso, don Fernando de acuerdo con su esposa, demoró su regreso a Castilla hasta que se llegara a una paz definitiva con los franceses.

Doña Isabel durante este tiempo había dejado el pueblo de Dueñas, trasladándose con su hija, la princesita, a la ciudad de Segovia en la que el magnífico alcázar les brindaba un espléndido asilo.

Allí, como en todas partes, se puso en contacto casi a diario con las personalidades del país y los magnates que iban a presentarle sus respetos como princesa de Asturias. También acudían a sus audiencias particulares, labradores y ciudadanos, que iban a pedirle que arreglase sus diferencias de partido, y resolviera con su buen juicio e imparcialidad, las dificultades de todos órdenes que se presentaban.

En Segovia, volvió a encontrarse doña Isabel con su mejor amiga la joven Beatriz de Bobadilla que se había casado con don Andrés Cabrera, hombre de mucha más edad que ella, pero de grandes prendas personales,

y que tenía en la ciudad el cargo de tesorero del rey, guardador del alcázar y gobernador de Segovia.

Hallábase doña Isabel departiendo con doña Beatriz, y viendo ambas jugar ante sus ojos a la princesita, cuando llegó un mensajero para traer la noticia que dos días antes, el 11 de diciembre de 1474, acababa de morir el rey don Enrique.

Al día siguiente, y tal como lo dispuso don Andrés Cabrera, hiciéronse los preparativos para el reconocimiento público de la princesa de Asturias. En la Plaza Mayor de Segovia se erigió un tablado en el que se colocó un trono, y una numerosa comitiva de la que formaron parte todos los magnates de la ciudad, se dirigió en buen orden hacia el alcázar. Penetraron en el palacio real el alcalde y las representaciones del clero, la nobleza, y el estado llano, llegando hasta la estancia en que les aguardaba doña Isabel; le hicieron presente que venían a buscarla para realizar su entronizamiento con todas las ceremonias acostumbradas en el reino.

Descendió la princesa de Asturias, y llegando delante de la puerta del alcázar, montó

a caballo para marchar con todo el séquito a la Plaza Mayor, en la que era aguardada.

Iba vestida con regia magnificiencia, y riquísimos eran asimismo los jaeces de su palafén ; para dar mayor majestad a aquella procesión, marchaba el caballo con su amazona, bajo un pálio de brocado que sostenían cuatro varas de plata, siendo éstas llevadas por funcionarios del Ayuntamiento.

Durante todo el camino no cesaron de resonar los vítores y los aplausos, mientras repicaban todas las campanas de la ciudad y la artillería del alcázar hacía continuas salvas para que llegara a oídos de los pueblos comarcanos el eco del grandioso espectáculo que se estaba realizando en Segovia. Instalada la reina en el trono, recibió allí los homenajes de sus súbditos, y antes de descender del tablado, levantóse de su asiento y exclamó :

—Juro por Dios, y ante Dios, que mantendré ilesas todas las libertades de Castilla, y que mi vida entera se dedicará al engrandecimiento de nuestra amada nación.

Luego ella, y todo el cortejo, se dirigieron a la catedral, donde se cantó un Te Deum.

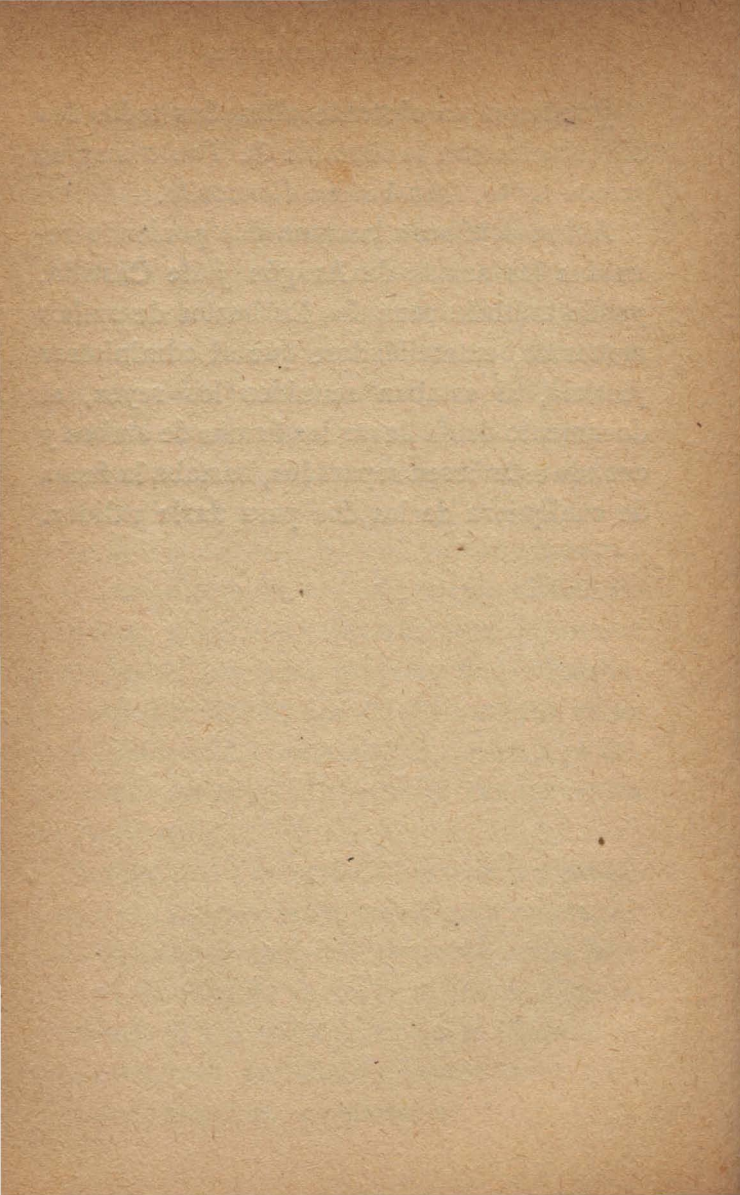
Mientras se elevaban hacia a lo alto las voces de la capilla real, la reina, postrada ante el ara, dejaba correr dulces lágrimas que eran el desahogo de su corazón. Lejos de sentirse orgullosa al ver en sus manos el cetro de sus mayores, la invadía el temor de todas las almas puras, sintiéndose incapaz de llenar su altísima misión providencial, si Dios no la favorecía con sus divinos auxilios.

Aunque todas las ciudades del reino se apresuraron a seguir el ejemplo de Segovia, doña Isabel convocó inmediatamente las Cortes, que se reunieron en la misma ciudad de Segovia, y allí los representantes juraron a doña Isabel por reina propietaria de Castilla, y a don Fernando, que estaba ausente, como rey consorte. La niña Isabel, única hija entonces de los reyes, fué jurada como princesa de Asturias.

Acudió don Fernando a Segovia tan pronto como le fué posible, e hizo algunas observaciones, pues no teniendo las hembras de Aragón el derecho de sucesión al trono, y perteneciendo él por línea directa a la dinastía de los monarcas de Castilla, encontraba poco airoso su papel de rey consorte.

Quedaron no obstante allanadas todas las dificultades con la fórmula de *Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando*.

Así se acuñaron las monedas poniendo reunidas las armas de Aragón y de Castilla, yendo también reunidos los bustos de ambos monarcas, entendiéndose que al administrar justicia, si estaban reunidos los reyes, el documento debía llevar las firmas de ambos y cuando estuviesen separados, bastaba la firma de cualquiera de los dos para darle validez.



CAPITULO CUARTO

BATALLA DE TORO Y REBELDÍA DE SEGOVIA



an pronto supo el rey don Alfonso de Portugal la muerte de su cuñado el rey de Castilla, y la proclamación de doña Isabel y de don Fernando, cuando poniéndose de acuerdo con algunos facciosos, se presentó a reclamar esta corona para su sobrina la princesa doña Juana y celebró desposorios con ella, afirmando así su doble derecho. El ejército portugués pasó la frontera por Zamora, comenzando en seguida las hostilidades y no queriendo fiarlo todo a las armas, firmó tratos con el rey de Fran-

cia, para que éste atacase a Aragón por su frontera, cogiendo así a su enemigo entre las vallas de dos ejércitos poderosos. El padre de don Fernando envió a decir a éste que le era imposible prestarle ayuda, como sería sus deseos, pero que los aragoneses se bastarían solos para rechazar a su tenaz enemigo dejándole al joven príncipe toda libertad para defender a Castilla.

Doña Isabel comenzó por su parte a visitar las más populosas ciudades de su reino, y a su paso acudían todos para alistarse bajo sus banderas. A los pocos meses de estas marchas fatigosas, se reunió con don Fernando en la parte abrupta de Castilla la Vieja, y tales habían sido los resultados de su política, de su simpatía personal y compenetración con su pueblo, que se encontraron los reyes al frente de treinta mil soldados de a pie y ocho mil de a caballo, habiendo también reunido alguna artillería. La reina no quiso levantar en armas la nación para defender sus derechos a la corona sin que se convocasen las Cortes, y las reunió en la ciudad de Medina del Campo. Hubo allí entre los representantes nacionales una larga discusión re-

ferente a los medios para arbitrar recursos, y uno de ellos levantándose exclamó de esta manera :

—La guerra que nos ha declarado Portugal es injusta y humillante para nosotros todos, que hemos jurado a doña Isabel reina de Castilla. Los castellanos tenemos pleno derecho para hacer esta elección, pero si doña Isabel no tuviera los derechos heredados que le vienen por su padre el rey don Juan, se los daría plenísimos el amor de nuestro pueblo.

Un grito clamoroso de ¡ viva la reina ! acogió estas palabras.

Entonces uno de los prelados que asistía a la reunión de Cortes, se levantó, ofreciendo la plata labrada que se guardaba en las sedes episcopales para que se acuñase como moneda, y sirviera para pagar los gastos de la campaña.

Llenáronse de lágrimas los ojos de la reina al escuchar el magnánimo ofrecimiento hecho por uno de los ministros de Dios sobre la tierra, y viéndose en el duro trance de aceptar la oferta, o consentir que sus valientes soldados careciesen de medios para luchar,

y de adecuada alimentación, púsose de pie en el estrado que ocupaba, y se expresó de esta manera :

—Los ataques de nuestro poderoso enemigo a la integridad de Castilla nos impone duros sacrificios que desgarran mi corazón de reina católica. Jamás hubiese osado pedir un donativo como el que acaban de ofrecerme, pero no me considero autorizada para rechazarlo. Venga, pues, esa plata a las arcas nacionales, que yo juro como reina, que tan pronto sea posible será devuelta.

Durante las vicisitudes de esta guerra que se prolongó por cerca de veinte meses, algunas plazas fuertes del reino de León habían caído en poder del enemigo, entre ellas la de Toro, y era forzoso a los castellanos si querían defender la de Zamora, amenazada por sus enemigos, aceptar la batalla a orillas del Duero, y jugar en un encuentro de la mayor importancia el éxito de la campaña.

Don Fernando, al comenzar la guerra, cediendo a los estímulos caballerescos de su carácter, y al ambiente de la época, había escrito al rey de Portugal proponiéndole un duelo a muerte entre ambos, como juicio de

Dios que decidiría de este modo la contienda, sin que se derramase más sangre que la del vencido. No fué aceptada esta propuesta por el monarca portugués, ni tampoco tuvieron resultado satisfactorio las cartas particulares y embajadas diplomáticas que envió doña Isabel queriendo llegar a una paz honrosa sin intervención de las armas.

La delicada salud de la reina en el invierno de 1476 la tenía reclusa por unas semanas en el pueblo de Tordesillas, pero no flaqueaba la atención con que seguía los acontecimientos de la guerra. Así se alegró su espíritu contristado con los heroicos hechos de Gonzalo de Córdoba en aquella campaña, y juntó su aplauso al que tributaban los caballeros castellanos al joven andaluz, en quien se veía un ejemplo digno de los tiempos clásicos.

Al anoecer de la tarde del quince de febrero de 1476, llegóse doña Beatriz de Bobadilla a comunicar a la reina que se habían recibido nuevas de haberse ganado una brillante victoria delante de Toro. Don Pedro González de Mendoza, y el almirante Enriquez, avisaban por un emisario que estaban

en Zamora, habiendo llevado consigo dos mil prisioneros, y gran botín de artillería y equipajes así como numerosas banderas enemigas.

La reina que no había cesado de orar implorando al Dios de las Victorias desde el momento que supo la marcha del ejército castellano sobre Toro en busca de sus enemigos, se desplomó de rodillas en su oratorio para dar gracias a Aquel que había escuchado sus súplicas. Parecióle menguada su oración particular y secreta, y ordenó que se celebrase una procesión pública en la iglesia de San Pablo, y todos los habitantes del pueblo que pudieron seguirle se apresuraron a incorporarse al real cortejo. Marchaba delante la reina severamente vestida, habiendo substituído el cendal blanco que velaba continuamente el oro opulento de sus cabellos con otro negro. Llevaba los pies desnudos, para que se lastimasen en penitencia con las durezas del camino, y cubría su blancura la larga orla del traje talar. Escuchó el Te Deum rodeada de todo el pueblo que devotamente unía sus oraciones a las de la soberana.

En recuerdo de aquella jornada que devolvió la paz a Castilla cumpliendo el voto que

había hecho, mandó la reina edificar en Toledo un soberbio monasterio que tomó el nombre de San Juan de los Reyes.

Antes de esta victoria, y cuando la guerra civil y extranjera afligía las provincias fronterizas de Portugal, ocurrió un hecho que puso de manifiesto la varonil energía que ocultaban las dulces maneras de la reina y su inquebrantable espíritu de justicia.

Encontrándose en Tordesillas doña Isabel con su pequeña corte, se recibieron noticias de que la ciudad de Segovia se había amotinado contra Andrés Cabrera, ya entonces marqués de Moya que continuaba siendo su gobernador, y esta noticia la comunicó a la reina doña Beatriz de Bobadilla atribulada por el peligro que corría su esposo.

En el acto la reina mandó que se preparasen caballos, y partió para la ciudad sublevada, acompañándola el conde de Benavente, algunos otros caballeros y doña Beatriz.

Encontrándose a muy poca distancia de la ciudad, les salieron al camino dos enviados de los rebeldes, manifestándoles que el conde de Benavente y la marquesa de Moya como amigo el uno, y como esposa la otra de Ca-

brera, no podrían entrar en la ciudad o ellos no respondían de sus vidas.

Sonrió doña Isabel, y contestó con estas palabras :

—No os preocupéis vosotros de lo que pueda ocurrir al conde ni a la marquesa de Moya, porque ellos son mis amigos, y les ampara mi real protección. Marchad en seguida a Segovia, y decidle a sus habitantes, que la reina de Castilla va a su alcázar a saber directamente lo que ocurre.

Poco después, y por una poterna que daba al campo, penetró la reina y su pequeña comitiva en el palacio. Los amotinados continuaban fuera del alcázar dando atronadores gritos de ¡justicia! ¡justicia! ¡abajo Cabrera! Era tal el tumulto, que resultaba imposible entenderse, y los guardianes del alcázar temieron que la furia popular arrancara las puertas de sus quicios, haciendo insegura la estancia de la misma reina entre los muros del palacio. Doña Isabel ordenó que se albergasen las personas amenazadas en las habitaciones altas, y ella sola, descendió al inmenso patio. Colocóse en un extremo, mandando que se abrieran las puertas de

par en par y dejaran penetrar allí a todos los que quisiesen. La ola humana embravecida, se desbordó impetuosa, empujando los de atrás con verdadero furor, pero un metro antes de llegar al sitio en que estaba la reina, se detuvo inmovilizada.

Las facciones de doña Isabel conservaban su inalterable serenidad, un halo de luz parecía rodear toda su figura, y los rubios cabellos cubiertos por el blanco cendal, nimban de oro la regia cabeza dándole un aspecto sobrehumano. Extendió ella su diestra hacia los rebeldes, y con voz que no tenía la menor inflexión de pavor, dijo así :

—Exponedme vuestras quejas, y si son justas, serán atendidas. Soy vuestra reina, y como vosotros me interesa que la ciudad de Segovia esté bien administrada. Mañana quiero recibir a cuatro individuos que señalaréis vosotros, y con ellos estudiaré las culpas que se le atribuyen a Cabrera. Confiad en mi justicia.

Calló la reina haciendo un ademán que indicaba al pueblo que debía retirarse, y éste fué saliendo del patio del alcázar y luego de

la plaza, sin que se oyeran más voces que los entusiastas gritos de ¡ Viva la reina !

Al día siguiente concedió doña Isabel la audiencia que había ofrecido a los amotinados ; expusieron éstos sus quejas, se defendió Cabrera ante el tribunal real de las acusaciones que empañaban su buen nombre, y quedando convencida la reina de su inocencia, le repuso en su cargo. Convencidos quedaron también los amotinados de lo injusto de sus ataques contra el gobernador, tal era la fe que tenían los castellanos en el espíritu de justicia de la amada soberana.

CAPITULO QUINTO

HACIA EL FIN DE LA RECONQUISTA



uando terminó con la paz de Alcántara la guerra que había provocado el rey de Portugal, dedicóse doña Isabel a ir cicatrizando las heridas de su amado pue-

blo. En los primeros meses se halló completamente sola, pues habiendo muerto por la misma época el rey de Aragón, fué don Fernando a Zaragoza a poner en orden el reino que las continuas luchas con los franceses tenían perturbado.

La reina quiso atender con preferencia a la mejora de la administración de Justicia,

para lo cual comisionó a don Juan de Montalvo al que la misma doña Isabel asesoraba en su trabajo, pues ya hemos dicho que por su grandísima cultura, nadie sabía de los códices de Castilla tanto como su reina. Versada también en el conocimiento de la lengua latina, revisaba con su secretario Zafra las múltiples viejas crónicas de los reinos de Aragón, León y Castilla, pues entonces eran distintas las leyes que regían en estos países, y ella quería una jurisprudencia única para ir unificando la nación.

Mientras trabajaba con su secretario, ocupábase a la vez la reina en labores de aguja, pues es bien sabido que sus manos durante toda su vida no estuvieron nunca ociosas. Así, no sólo cosía ella misma todas las prendas que usaba su esposo don Fernando y la princesa, sino igualmente las propias y no bastándole esta labor femenina para llenar todas sus horas, empleaba largos ratos en coser sábanas de altares y primorosos ornamentos para el culto, que aún se conservan como reliquias históricas en nuestras catedrales. Quiso luego dotar a la Justicia de fuerzas propias que permitiesen el cumplimiento de las

leyes, y transformó la antigua Santa Hermandad en un cuerpo militar, que con el tiempo, trocóse por su similitud en nuestra actual Guardia Civil.

Para el equipo y mantenimiento de los empleados de la Santa Hermandad que se llamaron cuadrilleros, por andar en cuadrilla, se votó una contribución anual que pagarían proporcionalmente todos los vecinos. La reina queriendo dar, cómo a todas sus disposiciones, la sanción de la voluntad del pueblo, volvió a reunir las Cortes en Madrigal, sometiéndolas su proyecto para su sanción.

En años posteriores la reina acompañada por don Fernando pasó a Andalucía, fijando su residencia en Sevilla, e instalándose en su alcázar empezó a dar audiencias públicas todos los viernes. En ellas se franqueaba el paso a los ciudadanos de las diferentes clases sociales, quienes iban a exponer a los reyes las controversias que tenían los unos con los otros. A veces presentaban demandas de socorro que les permitirían la recolección de sus cosechas o la reedificación de sus casas. La reina, tras de oírles benévolamente y de tomar informaciones de personas doctas, ac-

cedía si era justa la demanda. Los escritores contemporáneos insisten mucho en esta manera de administrar justicia de doña Isabel que recuerda en su magna sencillez los tiempos bíblicos.

Pronto Sevilla entera y toda Andalucía sintieron por su reina el mismo ardoroso afecto que las regiones leonesa y castellana, y de tal modo se iba pacificando el reino, y haciéndose seguras las comunicaciones, que los criminales y los facciosos huyeron a las vecinas comarcas de Portugal y de Granada.

Pero no creáis que la bondad de la reina fuese debilidad para con los que conculcaban las leyes, ni que su justicia quedase burlada por una mal entendida piedad.

Refiérese en este particular, que en la antecámara de su palacio de Valladolid, tuvo lugar un fuerte altercado entre don Ramiro Núñez de Guzmán y don Federico Enriquez, primo hermano del rey. Salió doña Isabel de su regio aposento a las destempladas voces que daban entrambos jóvenes, y para cortar la disputa, dijo a don Ramiro :

—Marchad en paz a vuestros dominios del señorío de Toral, que yo os doy un salvo con-

ducto. Y vos, don Federico, permaneced aquí, que no deseo que habiendo tantos enemigos entre los infieles disputen entre sí mis bravos castellanos.

Retiróse la reina, y también salieron del palacio los dos acalorados jóvenes. Don Federico dejándose llevar de la ira que encendiera en su pecho las palabras de su rival, mandó que se apostasen sus criados a la salida de la ciudad, y que propinaran una fuerte paliza a don Ramiro.

Fué éste recogido de la calle maltrecho, y como se lamentara de la inutilidad de la protección de la reina, un caballero que le escuchaba resolvióse a ir a palacio, a imponer a doña Isabel de lo ocurrido. Hallábase la reina recogida en su estancia orando, cuando le pasaron aviso de que un noble castellano deseaba hablarla para asunto urgente. Hízole pasar a la cámara regia, y absorta ante la audacia que representaba el acto del ofensor, mandó en seguida ensillar su caballo, sin detenerse ante las consideraciones de que estaba cayendo una copiosa lluvia, y de lo avanzado de la hora. Tomó la dirección del castillo de Simancas donde residía el almi-

rante Enriquez, padre de don Federico, y era tal la velocidad que imprimió a su caballo, que los oficiales que salieron tras de ella sólo la alcanzaron ya dentro del patio del castillo.

Al verse en la presencia del almirante que no pudo comprender al principio a que obedecía la intempestiva y regia visita, le requirió la entrega de las llaves, haciendo registrar todo el castillo aunque inútilmente, porque don Federico no había tenido tiempo de refugiarse en la casa paterna. Viendo lo infructuoso de sus pesquisas, la reina se preparó a volver en seguida a Valladolid, pero antes de partir dijo severamente al almirante :

—Sabed que vuestro hijo no escapará a mi castigo.

Al llegar a palacio tuvo que meterse en cama tiritando por lo glacial de la lluvia que había empapado sus vestidos, y mientras doña Beatriz de Bobadilla procuraba hacerla reaccionar preguntándose donde le dolía, respondió briosamente la reina :

—Duélenme los palos que en mi salvo conducto me ha dado don Federico.

Conociendo bien el almirante el temple de carácter de doña Isabel, cuya justicia alcanzaba lo mismo a los grandes que a los pequeños, obligó a su hijo a presentarse en Valladolid, y sufrir los dos años de destierro que por su desacato le impuso la reina.

Este suceso que nos muestra el enérgico carácter de doña Isabel, tuvo lugar en la primavera del año 1481, cuando los reyes, escudados siempre con la autoridad de las sanciones de las Cortes, iban amoldando la vieja nobleza feudal a los troqueles de una monarquía absoluta en cuanto a la autoridad de doña Isabel y de don Fernando, pero eminentemente democrática y constitucional, porque se consultaba a la nación para las leyes que debían aplicarse.

Al ver unidos a Castilla y Aragón bajo su mismo cetro, sentían los esposos el natural deseo de que se completase la unidad nacional terminándose con una última guerra aquellas luchas de la Reconquista que ya duraban cerca de ocho siglos.

Los moros de Granada aprovechándose de las dificultades que atravesó su enemigo durante la guerra con Portugal, negáronse a pa-

garle el tributo que le debían como cláusula de las últimas treguas, y acompañaron su negativa con estas altivas palabras :

—Las fábricas granadinas ya no labran el oro, sino el hierro.

Cinco años habían transcurrido desde este incidente y don Fernando por prudencia, y doña Isabel por temor al derramamiento de sangre, que volvería a abrir las heridas de Castilla, no hicieron nada para obligar a Muley Hacem a pagar el tributo.

En los últimos días de diciembre de aquel año de 1481 llegó a la corte castellana la terrible noticia de que los moros ensoberbecidos, y creyendo a Castilla debilitada por regirla una mujer, y a Aragón por sus luchas continuas con el reino de Francia, se habían precipitado sobre la ciudad fronteriza de Zahara, tomándola por asalto, y llevándose cautivos a las mujeres, a los niños y a los hombres que no fueron pasados a cuchillo.

El relato de tan terrible acontecimiento desgarró como una espada el corazón de la reina. De acuerdo con don Fernando comenzó en seguida a hacer preparativos bélicos, con objeto de que la ciudad pudiera ser re-

conquistada más adelante, imponiéndose al audaz enemigo un condigno escarmiento. Veían, no obstante, los reyes, la dificultad de que se diese un golpe fuerte y certero que quebrantara el prestigio de los musulmanes, exaltando a la vez el patriotismo de castellanos y aragoneses, que por el tiempo que hacía que estaban interrumpidas las guerras nacionales hallábase debilitado.

Al salir una mañana los reyes de la misa que habían oído en la capilla de su palacio de Medina del Campo, pidió real audiencia un caballero andaluz que llegaba cubierto de polvo y sudor, por la necesaria celeridad que le imponía su marcha.

Recibiéronle inmediatamente los reyes, y tras de hacerle servir un refrigerio que confortase sus decaídas fuerzas, le dieron su venia para que hablara. El caballero, inclinándose profundamente, se limitó a entregar unos pliegos que traía con la firma de don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz.

—¡ Oh !—exclamó doña Isabel—. Buenas nuevas serán las que nos envía tan valiente y leal vasallo.

Abrió los pliego sin detenerse, y su emo-

ción fué tal, a medida que iba adelantando en su lectura, que la densa palidez que se extendió por todas sus facciones, trocóse al final en un sonrosado color, como si toda la sangre de su corazón afluyera a su rostro. Entonces, con voz firme, cual si oyese en el fondo de su alma el mandato divino por tanto tiempo esperado, exclamó así, tendiendo los pliegos al rey y dirigiéndose a todos los presentes :

—Vengada está con creces la pérdida de Zahara. El marqués de Cádiz comunica en estos pliegos que habiéndose enterado por un tal Juan de Ortega que ya hizo con vuestros aragoneses don Fernando, las guerras del Rosellón, de que era posible asestar un fuerte golpe al poderío de los moros granadinos había intentado una arriesgada empresa. Era ésta tomar por asalto la plaza fuerte de Alhama, lugar de recreo del rey moro.

—Alhama es inexpugnable—exclamaron algunos caballeros presentes, que en tiempos de paz habían corrido justas en Granada, y conocían la ciudad aludida.

—Tomar a Alhama es imposible—exclamó don Fernando—a menos de disponer de un ejército poderoso.

—Alhama está ya en poder del marqués de Cádiz—replicó triunfalmente la reina—. Aquí nos comunica los detalles de tan importante hecho de armas.

Luego continuó refiriendo a los presentes que la escuchaban emocionados, que el marqués de Cádiz estuvo en comunicación con don Diego de Merlo, corregidor de Sevilla, a quien Juan de Ortega, que conocía la plaza de Alhama, manifestaba que él podía servir de guía a los cristianos que para vengar la pérdida de Zahara quisiesen tomarla por asalto. El corregidor a su vez había participado la empresa al adelantado de Andalucía y a los alcaides de varias villas, sirviendo de punto de cita la ciudad de Marchena, del Señorío del marqués de Cádiz. Dirigiéronse a Antequera, cruzando las sierras de Alcerifa, y a las tres noches de haberse puesto en marcha, el pequeño ejército formado por dos mil hombres de a pie y quinientos de a caballo, cruzaron el río Yeguas, dejando en sus orillas sus bagajes para llegar más rápidamente ante los muros de Alhama.

—Debemos tener en cuenta, si queremos apreciar como se merece tan importante he-

cho de armas—dijo la reina—, que Alhama está situada en lo alto de una áspera montaña, y defendida por un fortísimo castillo. El marqués de Cádiz que hasta aquel momento había encubierto a sus soldados el verdadero motivo de su expedición, se lo declaró, de improviso, mostrándoles el castillo de Alhama y diciendo: «Ahí hay que enarbolarse la Cruz y el estandarte de Castilla». Un grito atronador acogió sus palabras, y Dios quiso favorecer nuestra empresa desatando aquella noche una furiosa tempestad que apagó el ruido de los cascos de los caballos, y de las pisadas de nuestros soldados infantes. Consiguieron aquellos valientes trepar por las rocas que defienden el acceso a la ciudad, y arrimando sus escalas a las murallas, penetraron en la ciudadela, pasando a cuchillo a sus defensores. El despertar de la ciudad fué terrible, cuando vieron a los cristianos dentro de su ciudadela y como en Alhama había gran número de soldados moros de lo mejor de sus tropas, se entabló una lucha formidable en las calles, pero tras de varias horas de combatir rudamente, la victoria quedó por los nuestros.

Hizo la reina una pausa, y con una inflexión de voz muy distinta de la que había empleado al relatar enardecida la heroica hazaña del marqués de Cádiz y de sus tropas, terminó así :

—En Alhama vivían cautivos gran número de cristianos de ambos sexos que han recobrado la libertad y vuelto a sus comarcas, para dar allí gracias a Dios Todopoderoso y al ejército nacional. También (aquí su voz tornóse dura) recibió castigo un infame renegado que había hecho armas contra nosotros siendo famoso por las violencias cometidas, y que el marqués de Cádiz hizo colgar de una de las almenas del castillo.

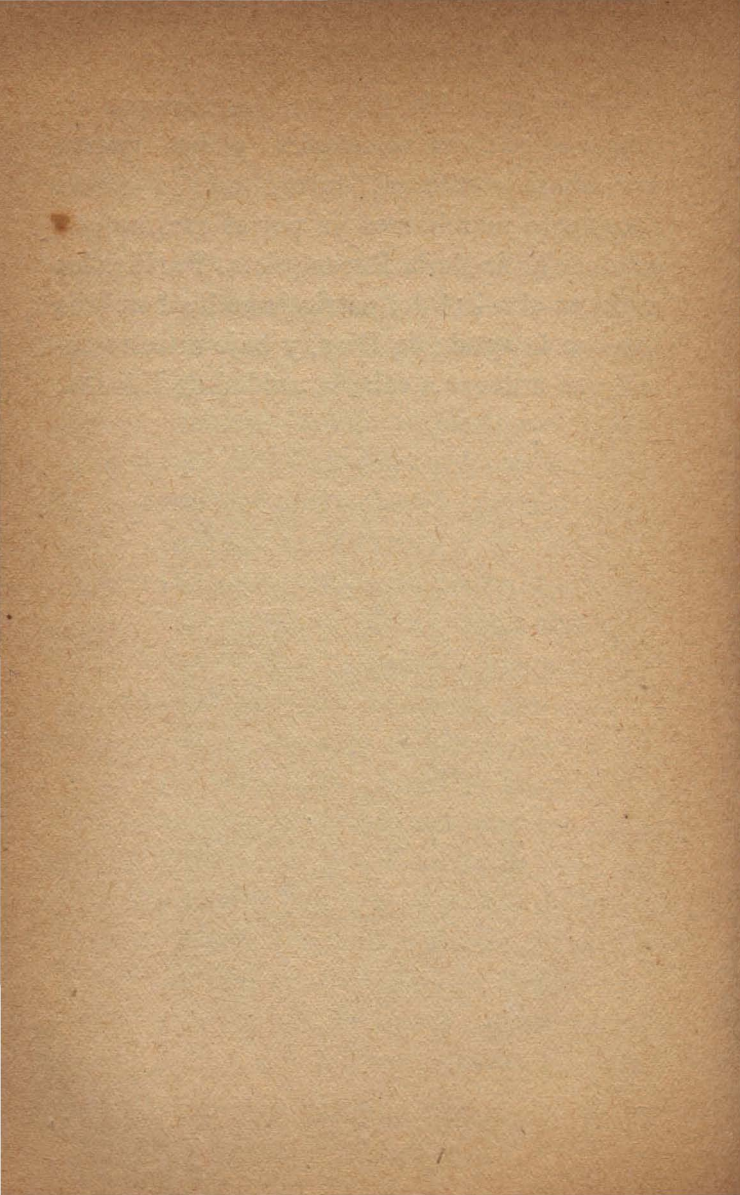
Los pliegos terminaban pidiendo a los reyes que viesen la manera de socorrer a aquel puñado de hombres que seguramente no podrían resistir solos el empuje del ejército moro, que sin duda cuando se recibiese en Granada la noticia de la toma de Alhama, vendría sobre la ciudad para recobrarla.

Ultimáronse los preparativos para que don Fernando marchase aquella misma tarde a Andalucía acompañado de todos los caballeros que había en Medina del Campo, y de

los que fuesen reniéndoseles en el camino. La reina ordenó una gran procesión en la que formaron todo el clero y las damas de la corte, así como el rey y sus hermanos de armas, trasladándose a la catedral de Santiago. Allí se cantó un Te Deum para dar gracias a Dios por la victoria, y pedirle que continuara amparando al ejército nacional.

Pocas semanas habían transcurrido desde la marcha de don Fernando, cuando éste envió un mensajero anunciando que se encontraba a cinco leguas de la ciudad de Córdoba, y que se le había reunido un poderoso cuerpo de caballería andaluza. Comunicaba también que el duque de Medina-Sidonia, enemigo encarnizado del marqués de Cádiz, tan pronto había sabido la toma de Alhama, olvidando patrióticamente viejas rencillas familiares, acudía con cinco mil hombres a sumarse a las fuerzas castellanas, y que antes de realizar este hecho, había batido a los moros de la serranía de Ronda que habían sitiado el castillo en que habitaba la marquesa de Cádiz. Entonces la reina volviéndose a su secretario y a sus damas que estaban presentes les dirigió estas palabras proféticas :

—Han renacido los grandes tiempos de nuestras guerras nacionales, y esta guerra que ahora comienza, durará más o menos años, pero marchamos ya por el camino que conduce al fin de la Reconquista. Purificados están en el crisol del patriotismo los hombres que con la ayuda de Dios, y bajo nuestro ce- tro, van a llevar a cabo la unidad de España.



CAPITULO SEXTO

EL LAUREL DE ZUBIA



a guerra de Granada excitó en el ánimo de todo el pueblo español grandísimo entusiasmo, porque como un clarín que llamase a una nueva Cruzada nacional, resonó por todos los ámbitos de la península la voz de la reina.

Acudieron de todas partes soldados voluntarios que sumándose a las fuerzas reales de don Fernando, y a las tropas que obedecían a don Pedro González de Mendoza, ya hecho cardenal de España, y a Gonzalo de Córdoba, todos unidos bajo el estandarte real.

Antes de salir a campaña para luchar contra los musulmanes, las huestes cristianas, representadas por sus jefes, y gran número de soldados penetraron en la inmensa catedral de Córdoba, siendo bendecidas sus banderas por los prelados tomando aquella guerra el carácter de una guerra santa.

Muy largas serían de referir las peripecias de esta lucha que debía durar once años sin que se cansasen los combatientes, pero reconocen todos los cronistas, que el alma de ella fué doña Isabel, la que compartió con su esposo la dirección de los ejércitos, pues no se llevaba a cabo ninguna acción militar que no fuese precedida de un consejo, al que asistía la reina depurando con don Fernando los planes de ataque que les presentaban los caudillos.

Otro campo exigió la actividad personal de la reina. Habiendo visto ésta desde los primeros combates las dificultades que se ofrecían para el socorro de los heridos, llamó a su secretario Fernando de Zafra, dictándole órdenes para que todos los médicos residentes en la península y que pudieran sin abando-

nar otros deberes obedecer a esta orden, acudiesen a incorporarse al ejército nacional :

—Es mi objeto—dijo la reina—que se organicen en seguida hospitales para la atención de los heridos, y que bajo la dirección de estos médicos se les atienda cuidadosamente a todos. También los capellanes formarán parte desde ahora de todas las divisiones de tropas, porque es preciso que los hombres que se sientan próximos a hallarse en la presencia de Dios, encuentren junto a su lecho los ministros encargados de abrirles las puertas del cielo.

Los hospitales de la reina comenzaron a llenar su benéfica misión, y no sólo veían los heridos junto a sí a los doctores y a los sacerdotes, sino que con frecuencia, al entreabrirse sus ojos, aparecía ante ellos la reina doña Isabel con su hija la princesa que acudían a confortarles.

Poco a poco, al empuje de nuestras armas, fueron cayendo en poder del ejército cristiano las importantes plazas de Loja, Almería y Málaga, y gran número de fortalezas que dominaban la sierra.

Pero llegaron a su término las treguas con-

cedidas al rey moro para la entrega pacífica de su capital después de haber capitulado Baza y Guadix, y por negarse a su cumplimiento, fué preciso poner sitio a Granada ocupando su feracísima vega.

Allí en numerosas tiendas se alojó el ejército, y la reina que quería compartir las penalidades de la campaña, vivía también en una de ellas. Ocurrió una noche que, a consecuencia de haberse inflamado casualmente la lona de una tienda, se propagó el incendio por gran parte del campamento y con mucho trabajo, se consiguió salvar las vidas de casi todos y una parte de los enseres. La misma reina, cuidando más de atender a los otros que a sí misma, vió quemada su vivienda, y destruído todo lo que ésta contenía. No duró mucho su incertidumbre de cómo sería repuesta la pérdida. Al poco tiempo se presentaron dos criados, portando un gran cofre que contenía vestidos lujosos, lencería y todo lo necesario para las atenciones del tocador de una dama. Inquirió doña Isabel asombrada, de dónde pudo venir tan pronto el socorro, y Gonzalo de Córdoba, inclinándose ante ella, le expuso que pertenecían a su esposa aque-

llos objetos que él envió a buscar a su castillo, siéndole ofrecidos con el más respetuoso homenaje.

Hizo doña Isabel abrir el arca, y contemplando lo que contenía, exclamó graciosamente :

—Veo Gonzalo que, por tu demanda, el fuego ha hecho más destrozos en el ajuar de tu mujer que en mi tienda.

Fué preciso por tan terrible acontecimiento celebrar consejo, y que se determinara lo que debiera hacerse para reparar el desastre. Tras de varios planes discutidos por los caudillos ante los reyes, prevaleció la opinión de doña Isabel, que consistía en empezar inmediatamente la construcción de casas de madera que albergarían al ejército sitiador.

En efecto, un mes después del terrible incendio, vieron los moros de Granada que había surgido en su amplísima vega una ciudad capaz de abrigar a sus tenaces fundadores, y perdieron por ende la última esperanza que les restaba. La ciudad así erigida tomó el nombre de Santa Fé con que la había bautizado la reina, en testimonio de su inquebrantable propósito de conquistar a Gra-

nada, y que ningún obstáculo podría hacer desistir al ejército de la prosecución de la guerra santa.

Entre tanto las discordias de los moros dentro de las murallas de su capital iban aumentando, enconándose las luchas entre los partidarios de la sultana madre, y los del joven rey.

Llegaban continuamente al campo cristiano relatos de lo que ocurría en Granada, y de los destrozos que la artillería cristiana iba haciendo en sus torreones. Quiso la reina una tarde ver por sí misma estos resultados, y con una pequeña escolta, pues quería pasar desapercibida, montó a caballo cubriendo con una obscura capa sus vestidos femeniles, y marchó en dirección de Granada deteniéndose en la pequeña aldea de Zubia.

Cuando preparábase a retirarse amparada por las sombras de la tarde que comenzaban a envolver el campo, apareció saliendo de una de las poternas de la muralla, numerosa ronda de guerreros moros que vigilaban aquel contorno. Llenáronse los castellanos de profundo temor, no por sí mismos, sino por el valioso tesoro de la persona de la reina que

que les estaba confiado, y desenvainando sus aceros, trataron de atraer hacia ellos la atención de sus enemigos.

Conocía doña Isabel el arrojo de sus defensores, pero veía también la superioridad numérica de los moros, previendo que al distinguir éstos el extraño bulto que formaban ella y su caballo, destacarían algunos soldados para ir a reconocerle, y apoderarse de quien quiera que fuese. Era ciertísimo que los castellanos cuando vieran este movimiento que ponía en peligro la real persona, acudirían para formarle un escudo con sus cuerpos, y el resultado del combate amenazaba ser un día de luto para el ejército nacional.

Ya habían entrado en lucha castellanos y moros, y un noble temor embargaba el corazón de la reina, cuando ésta instintivamente buscó el abrigo de un copudo laurel. Refiere la tradición que al elevar la reina su plegaria a los cielos pidiéndoles amparo, las hojas del laurel se hicieron tan frondosas, que ocultaron completamente al caballo y a la amazona.

Creyeron los castellanos que doña Isabel había partido con la mayor celeridad hacia

Santa Fe, y libres de la preocupación que embargaba su ánimo, desplegaron tanto arrojo y audacia, que los moros que sólo habían salido para un reconocimiento, y que encontraban un pujante enemigo, al ver que éste se retiraba en orden de combate, renunciaron a perseguirle.

La luna entonces como si quisiera saludar a la heroica falange castellana, una vez que los moros volvieron a penetrar en su ciudad por la poterna, apareció en el cielo llenándole de luz. Al mismo tiempo, apartando la reina con sus manos las hojas del laurel que la habían protegido, metió espuelas a su caballo y se presentó como una aparición divina a la vista de sus defensores.

Tan impresionada quedó doña Isabel con la forma milagrosa conque Dios había protegido su vida, que mandó edificar más tarde un monasterio en la aldea de Zubia, testimonio que diría a todos los cristianos, cómo por grande que sea el peligro que les amenace, Dios puede librarles si le invocan con un corazón puro.

CAPITULO SEPTIMO

AVE MARÍA



Mientras don Fernando celebraba entrevistas con los emisarios que venían a traerle noticias de las discordias civiles de Granada, tratando de evitar el horror de un asalto a tan populosa ciudad, doña Isabel no se limitaba a los hospitales. Había descubierto, entre los que seguían sus banderas, a don Francisco Ramírez, de quien oyó alabar no sólo la valentía y el patriotismo, sino su profundo saber militar.

Así en sus varias pláticas tenidas con él, cual si fuesen consejos de guerra, ultimó la

reina el proyecto de que se formara a las órdenes de este caudillo, el cuerpo de Artillería ; que se especializasen los hombres, y los capitanes que debieran manejar las piezas, pues no cabía duda que de este modo el rendimiento obtenido del gasto de la pólvora, sería mucho mayor.

Escuchábala don Francisco absorto, de ver cómo una dama tan ocupada con sus deberes femeninos, como la reina, tenía tiempo para acudir a los heridos, redactar documentos públicos, y poder compenetrarse con la parte científica de una arma como la artillería.

Por aquellos tiempos los Reyes Católicos habían visto aumentada su prole con el príncipe don Juan que contaba entonces doce años de edad, y tres princesitas menores que fueron bautizadas con los nombres de Juana, Catalina y María. Las tres debían más tarde ceñir a sus sienes coronas reales. Amando a todos sus hijos entrañablemente, doña Isabel veía en el varón, el rey de España que debiera en sus piadosos planes maternos, ser otro san Fernando, y para formar su inteligencia y su corazón, todos los afanes se le antojaban menguados.

Gonzalo de Córdoba, en aquella época había tomado personalmente por asalto algunos de los fuertes castillos que dominaban la Sierra Nevada, y por ende interceptaba la comunicación de la capital granadina con los pueblos que la abastecían. Hablando la lengua árabe como el castellano, y teniendo él de épocas anteriores, amigos y conocidos en Granada, empleaba su influencia personal para ir convenciendo a los caudillos moros de lo inevitable de la rendición, asegurando que los reyes don Fernando y doña Isabel, les concederían todas las ventajas que fueran compatibles con la integridad del territorio.

Entre los guerreros castellanos se había destacado desde el principio por su valentía, uno nacido en Toledo, y que se conoce con el nombre de Hernán Pérez del Pulgar. En su juventud había servido de secretario al rey Enrique IV, pues tan hábil como era en el manejo de las armas, lo era igualmente en el de la pluma, siendo considerado como uno de los historiadores más fidedignos del reinado de los Reyes Católicos.

Al empezar la guerra de Granada, Hernán Pérez tiró la pluma y tomó las armas, y fue-

ron tales los éxitos conseguidos por su arrojo sobre los moros granadinos, que dejó de llamársele Hernán Pérez «del Pulgar», nombre que le daban por el pueblecito en que había nacido, para empezar a conocerse con el de Hernán Pérez «el de las hazañas» que ha conservado en las consejas populares.

Allí donde era forzoso hacer un escaló o tomar por asalto un castillo coronado de almenas, allí aparecía Hernán Pérez dando el ejemplo del más soberano desprecio de la vida propia, y alentando a los compañeros de armas con las frases de su dialéctica militar.

Una tarde, cuando el sol se ponía por detrás de las nieves de las montañas que protegen a Granada, se encontraron Hernán Pérez y un grupo de sus amigos con la reina doña Isabel, seguida de dos de sus damas. Detúvose la reina en medio del campo, porque la hora crepuscular le recordó la oración del *Angelus* y empezó en alta voz a decir de esta manera :

—Ave María, gratia plena...

Respondieron descubriéndose respetuosamente los que la escucharon, y al alejarse

doña Isabel y las damas, dijo uno de los compañeros de Hernán :

—Hermoso acto a fe mía, y nunca me conmovió el *Angelus* como hoy que le escuché de los labios de nuestra amada reina. Imposible es decir con más grandeza la salutación del Ave María.

Quedóse un momento Hernán pensativo, y luego exclamó súbitamente :

—Hermoso acto en efecto... ¿pero qué os pareciera si no nos contentásemos con responder al Ave María cuando la pronuncia nuestra reina?

—¿Qué pretendes tú, Hernán «el de las hazañas»?

—¡Pretendo—contestó el aludido—que vayamos a decir otra Ave María dentro de Granada!

Un grito de estupor acogió estas palabras. Lo sorprendente del propósito hizo en seguida que todos los allí reunidos interrogaran al audaz toledado, y en poco menos de una hora, se fraguó un plan arriesgadísimo, que sólo serían capaces de ejecutar los héroes o los locos.

Hernán realizó durante varios días rondas

en torno de las murallas de la ciudad de Granada, y en una de ellas, pudo descubrir una grieta que agrandó con sus fuertes manos, volviendo luego a colocar las piedras arrancadas del boquete, para que no se conociese que por allí había una abertura por la que podía pasar con trabajo el cuerpo de un hombre. Satisfecho de este resultado, y haciendo una señal en el muro que le facilitase el reconocimiento, marchó en busca de sus amigos.

Quince fueron los que bajo el sello del secreto se concertaron con Hernán para llevar a cabo la temeraria empresa. Salieron de Santa Fe ya bien anohecido marchando separados con objeto de no llamar la atención de los centinelas, y cada uno por distinta senda, logró aproximarse al sitio en que Hernán ya les aguardaba. Sigilosamente y como lagartos escurridizos, fueron pasando uno tras otro por la abertura, y como la noche era sombría, Hernán, siempre precavido, aumentó el hueco desde el interior, preveyendo el que la salida de la ciudad pudiera ser de mayor compromiso que la entrada en ella.

Conocía «el de las Hazañas» a Granada, en la que estuviera más de una vez antes de

comenzar la guerra y anduvo con certera celeridad por sus calles desiertas, habiendo tenido la precaución de cubrir con oscuros mantos sus trajes de soldados castellanos.

La mano en el pomo de la espada, avanzaban sigilosos los quince compañeros, guiándose por la sombra que aún en la obscuridad proyectaba el cuerpo de Hernán, y así al cabo de una hora de marcha por aquel laberinto erizado de peligros, se detuvieron todos al ver detenerse a su jefe. Hernán había llegado al punto donde pensó realizar su caballeresca empresa. Encontrábanse delante de la gran mezquita de la ciudad de Granada, y sacando entonces de su escarcela un cartel, que tenía escrito de su puño y letra sobre pergamino, las palabras del AVE MARIA, lo desenrolló, y con la punta de su daga, lo clavó fuertemente en la puerta principal de la mezquita.

Preparáronse todos para la retirada, la mayor parte de ellos satisfechos de que la obscuridad de la noche y su buena suerte les hubiesen librado de tropezar con enemigos, pero Hernán sentía en su pecho la comezón de un desengaño, porque aquella, su hazaña, sería

mirada en el campo cristiano como una afortunada empresa, sin que se pudiese apreciar cumplidamente la enormidad del peligro arrostrado.

Cuando llegaron no lejos del hueco de la muralla que les sirvió de puerta de entrada, escucharon un ¡alto! que les daba la ronda mora encargada de velar nocturnamente por el reposo de la capital. La luna asomándose entonces entre las nubes que la habían ocultado discretamente, permitió a Hernán apreciar el número de sus enemigos en poco más de treinta guerreros. Regocijose hondamente su corazón, y sin pensar en que podría fácilmente engañar a los rondadores, pues hablaba la lengua árabe como la propia, y no sospecharían ellos que tenían delante de sí, a soldados castellanos, respondió con altiva audacia :

—¡ Ave María !

Y volviéndose a sus compañeros dijo en seguida :

—¡ Sus !... ¡ a ellos ! ¡ por Castilla y por la reina !

Entablóse una refriega en la que llevaron los castellanos la mejor parte, pues no sólo

era grande su valor y pericia en el manejo de las armas, sino que su ataque había cogido tan de improviso a los moros que éstos se dispersaron en el mayor desorden. Caminando de espaldas los de la retaguardia para no ser sorprendidos por un nuevo ataque, llegaron tras de Hernán a la abertura de la muralla deslizándose por ella como habían entrado. Sin que quedara ninguno muerto en la escaramuza, tomaron el camino de Santa Fe todos, y allí los que recibieran heridas, las vendaron tranquilamente.

A la mañana del día que siguió a esta noche, y que era el 22 de octubre de 1491, se supo en el campamento que quince soldados castellanos a las órdenes de Hernán Pérez del Pulgar, habían pasado la noche en Granada y medido sus armas con las de una ronda mora.

Llegó a conocimiento de doña Isabel tan fantástico relato, y considerándole una conseja popular sin fundamento sólido, hizo venir a su presencia a Hernán Pérez. Comparció «el de las Hazañas» llevando vendada una mano, y mostrando en su faz morena y

dura, la cicatriz del hierro de una cimitarra, sello de otra empresa no menos atrevida ; a la demanda de la reina, respondió simplemente :

—Han dicho la verdad a vuestra alteza ; no marché yo solo a Granada aunque hubiese ido de no encontrar compañeros que anhelaran como yo dejar la salutación a la Reina de los Cielos clavada en una mezquita granadina. Pensé, escuchando hace pocos días la voz de vuestra Alteza que pronunciaba esas palabras, que en tanto que nuestras armas victoriosas fueran a decirlas dentro de Granada, no estaría mal que un caballero católico purificase el aire de la ciudad con el aroma de un Ave María.

Así era Hernán Pérez del Pulgar, el de la espada cortante y la docta pluma.

Después de escuchar doña Isabel sin interrumpirle el épico relato, llamó a todos los caudillos que había entonces en Santa Fe y con la aprobación de su esposo el rey don Fernando, instituyó para siempre una fiesta religiosa en ese día en que celebra la iglesia a Santa Ursula,

De este modo quedaba perpetuada en la memoria del pueblo cristiano y del musulmán, la hazaña de Hernán Pérez, el caballero católico que arriesgó su vida para honrar a la Virgen María.

CAPITULO OCTAVO

RENDICIÓN DE GRANADA



Terminaba a su fin el año 1491, décimo de la guerra que con brillantes hechos de armas estaba realizando el ejército nacional, y las discordias intestinas de Granada, prometían un lisonjero éxito a sus sitiadores, viéndose ya próximo el triunfo. Don Fernando en aquel largo intervalo, había tenido varias veces que marchar a Aragón para atender a sus asuntos propios, pero quedaron dirigiendo la campaña, la reina, el cardenal Mendoza y Gonzalo de Córdoba.

La reina, en particular, tomó una provi-

dencia que pone de manifiesto su gran instinto político, pues por la proximidad de la costa andaluza a la costa mogrevina, eran posibles desembarcos de árabes en socorro de sus hermanos, sobre todo en los primeros años de lucha. Doña Isabel, utilizando todas las embarcaciones válidas para este objeto de que disponía Castilla, ordenó que se formasen dos flotas, al mando de sus almirantes, y estas flotas, tenían el esclusivo objeto de cruzar continuamente por el Mediterráneo interceptando toda comunicación entre el Africa y la Península. A este sabio plan, se debió el que los moros de Granada no recibiesen auxilios de sus hermanos en religión, y que cayeran en poder de los cristianos las ciudades marítimas de Málaga y de Almería cuando las sitiaron.

De tal modo se había estrechado el cerco de Granada, que llegó un momento en el que Boabdil consideró insostenible el dominio de la ciudad, y admitió entrar en parlamentos con los Reyes Católicos para su rendición. Tan pronto recibieron éstos noticias de las buenas disposiciones del rey Chico, y supieron que había enviado un moro confidente pa-

ra pedir un parlamentario que llevase a la Alhambra las condiciones de la rendición, cuando don Fernando y doña Isabel aceptaron la propuesta designando para llevar sus pliegos a Fernando de Zafra, hombre de muy corteses maneras y que hablaba la lengua árabe.

Salió Zafra secretamente una noche de Santa Fe siendo conducido por el moro confidente, y quedaron intranquilos los reyes en espera del regreso de su enviado, pero esta intranquilidad subió de punto, cuando transcurrieron cuatro días sin noticias de Zafra.

Era lógico temer que hubiera caído en una criminal emboscada, y sentía la reina dolorosamente la confianza que habían puesto en el moro portador de la misiva de Boabdil, no exigiendo rehenes que garantizasen la vida de su secretario. Hablábase de esto en el consejo que tenían los reyes, y al que asistían sólo los principales caudillos, cuando levantándose Gonzalo de Córdoba, se expresó en estos términos con su habitual audacia e hidalguía :

—Conozco, Alteza, personalmente al rey de Granada y le considero incapaz de una villanía ; pero también comprendo que aquí

ocurre algo extraño independiente de la voluntad del rey y que, por lo tanto, es preciso que se esclarezca. Yo mismo, con el permiso de vuestras altezas, entraré en Granada, hablaré con el rey, y volveré, o con Zafra, o con noticias de lo que haya ocurrido.

Opusiéronse los reyes a lo que consideraban una temeridad, pero tal fué el empeño del caudillo andaluz, y tan grande la confianza que tenía la reina en sus condiciones personales, que se le otorgó la autorización que demandaba. Salió Gonzalo una noche de Santa Fe llevando consigo a un moro que solía ir al campamento con diferentes encargos, y por caminos extraviados, entró con éste en Granada. Aumentaron como era natural la zozobra y preocupación de la reina al transcurrir otros dos días sin que regresasen ninguno de los enviados, ni se recibiese en Santa Fe mensaje alguno de su parte. Sus oraciones elevábanse fervorosamente al Dios Todopoderoso implorando su protección en favor de aquellos valientes cristianos que habían arriesgado sus vidas para evitar con la rendición que continuase el derramamiento de sangre.

En la tarde del 31 de diciembre, pasó doña Beatriz de Bobadilla a comunicar a la reina que acababan de llegar al campamento Gonzalo de Córdoba y Fernando de Zafra, e inmediatamente doña Isabel avisó al rey, y se reunieron todos los caudillos del ejército nacional con el cardenal Mendoza en la tienda de don Fernando.

El relato que hizo Gonzalo de Córdoba de su estancia en Granada lo confirmó Zafra en todos sus detalles. Había sido llevado a la presencia de Boabdil quien le trató cortésmente, pero no quedando de acuerdo sobre las proposiciones que hacían los Reyes Católicos, se alargaba la discusión, e iban tomando parte en ella diferentes caudillos moros. Negábase Zafra a regresar sin tener ultimado el pacto, y había divergencias de tanta magnitud entre lo que pedían los españoles, y lo que concedía Boabdil, que la embajada de Zafra sólo podía conducir a la pérdida de tiempo.

En estas circunstancias le fué anunciado al secretario de la reina que Gonzalo de Córdoba acababa de llegar a la Alhambra, y se estaba entrevistando con Boabdil. Requeríase

su persona, y allí acudió. Gracias al caudillo andaluz, que con su elocuencia consiguió convencer a los moros de lo inútil de la lucha, y que con su generosidad amplió las concesiones que se les hacían, compatibles con la integridad del territorio nacional, llegóse a un acuerdo definitivo. Gonzalo de Córdoba traía para que se firmasen las cláusulas de la rendición. Puede comprenderse cuál fué el júbilo de los allí presentes, y cuán grandes los elogios que los reyes tributaron al caudillo.

Hiciéronse los preparativos para la entrada del ejército nacional en Granada. Dividióse las tropas en tres cuerpos, y la vanguardia, al mando del cardenal Mendoza, avanzó por la vega, mientras el rey con otra sección, esperaba a Boabdil, y en la retaguardia hallábanse la reina y Gonzalo de Córdoba con los jefes andaluces. Se había dado la orden de que el ejército nacional vistiese de gala aquel día, y aprestados estaban los clarines para tocar una marcha, que según nos dicen los cronistas, era la de Aragón. Se había tocado por primera vez a don Jaime el Conquistador a su regreso de Mallorca, y fué la primera marcha real espa-

ñola, hoy conocida con el nombre de Marcha de los Clarines. También ordenó la reina que la Capilla Real estuviese dispuesta para cantar un Te Deum en medio del campo de Santa Fe, cuando se viese aparecer la Cruz en las torres de la Alhambra, y ondeasen los estardantes de Aragón y de Castilla en la torre de la Vela.

Amanecía el 2 de enero de 1492, y apenas la luz crepuscular permitió distinguir claramente los objetos, cuando brilló en la Alhambra un fogonazo, que era la señal convenida, y el cardenal Mendoza se puso en marcha hacia la puerta por donde penetrar en la ciudad. El séquito de don Fernando subió por la colina de los Mártires, y allí salió a recibirlo Boabdil, acompañado de cincuenta caballeros moros, y descendiendo de su caballo, se acercó a don Fernando entregándole las llaves de la ciudad con estas palabras :

—Tuyo es mi paraíso, porque Alah así lo ha querido.

Continuaron todos hasta el sitio en que se encontraba doña Isabel, a quien el rey moro presentó sus homenajes, y le fueron ofrecidas dichas llaves en una artística bandeja de

plata. Cumplida esta ceremonia, marchó Boabdil hacia el camino de las Alpujarras donde le aguardaba su familia, debiendo embarcar todos para Africa. Aunque los Reyes Católicos le concedieron el derecho de quedarse en la Península con ventajosas condiciones, él no podía soportar la idea de ver a Granada y su Alhambra en poder de los cristianos.

Enséñase en la sierra próxima el sitio desde el cual Boabdil se volvió para contemplar por última vez la ciudad, que se conoce hoy en la comarca con el nombre del *Ultimo Suspiro del Moro*.

Existía entre los españoles el temor bien fundado tratándose de una ciudad tan populosa como Granada, y de un pueblo tan valiente como el granadino, de que pudieran ocurrir luchas en sus calles, y grandes derramamientos de sangre. Los temores resultaron infundados, pues fué tal la sorpresa y el pavor que se apoderaron del pueblo al ver entrar por sus calles a los sitiadores de Santa Fe, que el odio, refugiándose en sus corazones, sólo se asomó a sus pupilas.

Entraron los reyes con su séquito en la

Alhambra al son de la Marcha de los Clarines, y allí tuvo término aquella guerra de la Reconquista, que había durado ocho siglos siendo el crisol en que se fundiera el alma de España.

La reina había impreso con sus palabras y con su ejemplo el matiz de Cruzada que tuvo la última lucha, porque entendía ella que se trataba de realizar, no sólo la unidad nacional de la península, sino la unidad espiritual, y quería que su conquista se cimentase en el ideal católico.

Don Fernando, según su costumbre de no perder ocasión de exteriorizar sus sentimientos cristianos, ordenó que se rindiera un homenaje al Rey de los Reyes, disponiendo que desde lo alto de una de las torres de Granada, proclamase un heraldo que la ciudad había sido conquistada con la ayuda de Dios Todopoderoso, de la gloriosa Virgen y del apóstol Santiago, así como con la de los nobles, prelados y súbditos, de los tres reinos regidos por sus cetros.

Quedaron en libertad gran número de cautivos y dióse la orden de que la puerta por la

que había salido Boabdil fuese tapiada. Así lo había rogado él a los Reyes Católicos en recuerdo de su inmensa desventura, no queriendo que por aquella puerta que le condujo al abismo de la adversidad, volviése a pasar ningún moro ni ningún cristiano.

CAPITULO NOVENO

EL VISIONARIO



1 día siguiente de la entrada del ejército nacional con los reyes en la ciudad de Granada, fué visto por las calles de Santa Fe un extraño y misterioso personaje, que había llegado el día anterior y sido testigo del brillante triunfo, sin que expresara su regocijo con palabras, pues siendo de naturaleza taciturna, y sin conocer a nadie entre el tumulto, se contentó con descubrirse reverentemente cuando vió ondear el estandarte de Castilla sobre la Torre de la Vela.

Sus ojos buscaron con insaciable afán las

figuras de los reyes, alcanzando a distinguir-las lo bastante para apreciar la gallardía de don Fernando, y la esbelta silueta de doña Isabel sobre su caballo, pero sin que la distancia que le separaba de ellos, le permitiera ver claramente sus facciones. Lo que sí saltaba a la vista del más ligero observador, era el entusiasmo delirante que producían los reyes entre sus súbditos, porque el ejército entero fundía en la personalidad de doña Isabel y de don Fernando, los santos ideales de la Religión y de la Patria.

Ya anocheciendo, dirigióse el misterioso extranjero a Granada, vagando por sus tortuosas calles en busca del alojamiento de doña Beatriz de Bobadilla, para la que decía traer importantes pliegos.

Manifestáronle las personas a quienes solicitó tal demanda de la noble dama, la imposibilidad que había de hacerle pasar a su presencia por estar doña Beatriz de servicio cerca de la reina, y entonces preguntó desalentado si no podría ver a don Luis de Santángel o a don Alonso de Quintanilla, demandas que llamaron aún más la atención de los pajes interrogados, pues aquellos señores podero-

sos, eran, el uno el contador mayor de Castilla y el otro tenía igual cargo en el reino de Aragón. Corrió la voz por el campo de Santa Fe adonde regresara el misterioso aventurero, de sus insólitas demandas, hechas en los palacios de aquellos personajes y de la dama de la reina, sin que nadie pudiera explicarse el motivo de tan desusadas pretensiones.

Al día siguiente volvió el extranjero a intentar el acceso a la morada de doña Beatriz de Bobadilla, y para decidir al paje a franquearle el paso le dijo así :

—Vuestra señora se enojará grandemente cuando sepa que no habéis querido pasarle recado de mi parte. Traigo una carta para su Alteza, nuestra señora la reina, que le envía por mi conducto Fray Juan Pérez de Marchena.

Oyó su voz la marquesa de Moya que se disponía para ir a prestar su servicio cerca de doña Isabel, y que sabía que ésta guardaba el mejor recuerdo de Fray Juan, confesor suyo en sus tiempos juveniles y actualmente Prior del convento de los Franciscanos de la Rábida. Apresuróse a salir, e invitando al extranjero a tomar asiento, le presentó sus ex-

cusas por la manera descortés con que había sido recibido en la casa, y fijó sus ojos con asombro en la figura del extraño visitante.

Era éste un hombre entre los cuarenta y los cincuenta años de edad, delgado, aunque recio de miembros, de frente despejada, escasa de cabellos y los que cubrían su cabeza, habían emblanquecido así como sus cejas pobladas y arqueadas que prestaban sombra a sus ojos negros y hundidos en sus órbitas. Su mirada, era de las que no pueden olvidarse, pues la extraña luz de las pupilas y algo de vago que había en ellas, daban la impresión de que aquel hombre miraba sin ver a la persona que tenía delante. La voz era de un timbre sombrío, pero con fuertes vibraciones cuando por alguna razón elevaba su tono.

—Señora Marquesa — dijo entonces tendiendo a doña Beatriz el pliego que traía— me preparaba a partir de España para no volver jamás a ella, cuando no queriendo realizar mi partida sin despedirme de mi buen amigo Fray Juan Pérez, me rogó éste, que antes de alejarme de país tan hospitalario

como es la tierra castellana, viese a nuestra señora la reina.

Doña Beatriz empezó a recordar algo muy extraño de lo que había tenido conocimiento en sus pláticas con doña Isabel, y de lo que le refirió también, sin concretar conceptos, don Luis de Santángel. Fijando su mirada en el rostro de su interlocutor inquirió así :

—¿Es vuestra merced navegante?

—Mi vida entera, señora la he dedicado al mar, y al estudio de las relaciones de la tierra con los demás planetas.

Doña Beatriz sintió un escalofrío, pareciéndole que tenía delante a un loco.

—Sí, señora, porque no podemos comprender a la tierra aisladamente, y en mis estudios he llegado a la convicción de la esfericidad del planeta que habitamos. Esto es de tal importancia, que sobre esta hipótesis descansa toda mi teoría científica.

Algo más dijo, aunque muy poco, pues era hombre de escasas palabras, limitándose a solicitar de doña Beatriz que le consiguiese una audiencia de la reina doña Isabel y de don Fernando. Manifestóle la dama la dificultad del momento, por lo ocupadísimo que

estaban los reyes en Granada, y el extranjero haciendo un movimiento de impaciencia, replicó :

—Es preciso que yo vea a la reina mi señora para la que traigo estos pliegos de Fray Juan. Podéis decir al rey don Fernando que me apadrina Fray Diego de Deza, el sabio domínico Arzobispo de Sevilla. Con estos señores he departido largamente, y ellos me envían aquí. Cansado estoy, señora, de discutir con los sabios de distintos países, que aferrándose a creencias anticuadas, niegan la posibilidad de mi proyecto. Si la reina, nuestra señora, también me rehusa su apoyo, marcharé de España como he marchado de Portugal y otras cortes, pero juro a Dios que no he de desistir de mi empresa por grandes que sean los obstáculos que se me presenten.

Retiróse el extranjero tras de estas palabras, y doña Beatriz le prometió que aquel mismo día hablaría a los reyes de la presencia en el campamento de Santa Fé, del enviado de Fray Juan Pérez de Marchena.

Así lo hizo aquella misma tarde, refiriendo a don Fernando y a doña Isabel, que estaban rodeados de altos personajes, la extra-

ña visita. Don Fernando, haciendo memoria, dijo así :

—En efecto, recuerdo y debéis recordarlo también vosotros—añadió dirigiéndose a don Luis de Santángel y a don Alonso de Quintanilla—haber tenido noticias de ese hombre. Se llama, si no estoy equivocado, Cristóbal Colón, y es un marino nacido en territorio de la península de Génova. Hace cerca de siete años que nos está importunando, y como los cuidados de la guerra no nos permitían estudiar su famoso proyecto, le enviamos a que le examinasen los cosmógrafos más notables de nuestro reino. Ellos le hablaron en una junta que tuvo lugar en la ciudad de Salamanca, y al exponerles el marino genovés sus proposiciones, declararon su plan quimérico, absurdo, e impracticable.

—Tengo entendido—arguyó doña Isabel—que el cardenal Mendoza que estuvo allí presente, y Fray Diego de Deza, quedaron fuertemente impresionados por las palabras de Colón, y que no queriendo desalentarle, y que fuese a ofrecer de nuevo a Portugal, o a otra corte de Europa, el fruto de sus estudios, le manifestaron que cuando la cir-

cunstancias fueran más favorables, se dirigiese a nuestra corte, que aquí trataríamos de facilitarle medios para realizar su anhelado viaje.

Hízose una pausa, y luego hubo entre los allí presentes larga discusión, que escucharon el rey, con incrédula sonrisa, y doña Isabel con atenta benevolencia. Debía considerarse para apreciar el valer de los proyectos del aventurero, que éstos habían sido sometidos diferentes veces a los sabios de varias naciones de Europa, y todos ellos les reputaron quiméricos e impracticables. ¿Era acertado pensar que se equivocasen las primeras lumbreras de la ciencia de la época, y tuviese razón un solo hombre, que no había cursado estudios en ninguna universidad, y a quien descubrimientos anteriores no daban el prestigio de un acierto posterior?

Los portugueses que tanto se habían distinguido en los descubrimientos marítimos, corriendo la costa de Africa hasta llegar, no sólo a las islas de Cabo Verde, y a las Canarias, sino hasta doblar el cabo de las Tormentas, los portugueses que por este motivo tenían tantas razones para conocer el At-

lántico misterioso, habían reputado como un verdadero desatino el encontrar la ruta de las Indias marchando hacia el Oeste. El fundamento en que se apoyaba Colón para afirmar su absoluta certeza de descubrir ese camino, descansaba sobre la hipótesis, aun no probada científicamente, de la esfericidad de la tierra.

Existían algunos libros, como las narraciones del veneciano Marco Polo, que indudablemente referíanse a países maravillosos, pero nada permitía suponer que aquellos países pudieran ser descubiertos siguiendo una ruta problemática a través del Atlántico. Colón presentaba en apoyo de su tesis, su correspondencia con el sabio florentino Toscanelli y el mapa que le facilitó este astrónomo, en el cual la costa oriental del Asia encontrábase situada en frente de la costa occidental de Europa. Añadía el audaz aventurero a estos datos, su experiencia propia, diciendo que desde los catorce años de edad estaba navegando. Que tenía como herencia de su mujer, doña Inés de Perestrello, gran número de cartas y mapas que ésta recibió de su padre peritísimo marino portugués y

que él, Colón, confiaba en poder atravesar el Atlántico llegando a las costas de Asia. La situación de los reinos de España y de Portugal en el extremo occidental de Europa, si era desfavorable para el comercio con aquellos riquísimos países, facilitaría por el contrario la expedición marítima, y las ventajas que se consiguieran, compensarían con largueza los riesgos de la expedición.

Separáronse los interlocutores, sin llegar a la unanimidad de pareceres sobre el extraño aventurero y sin que se decidiera el día y la hora en que debiese ser recibido oficialmente en audiencia por los reyes. Insistía doña Isabel en la necesidad de esta entrevista, ansiosa también de cruzar sus palabras con las de aquel hombre, al que los allí reunidos presentaban como a un visionario, que pretendía hacer pasar por realidades científicas las alucinaciones de sus noches de vigilia, mientras Fray Juan Pérez en su carta, asegurábales ser el mayor sabio que habían conocido los siglos.

El menosprecio conque trataron a Colón en otras cortes, lejos de desconceptuarle en el ánimo de la reina, le hacía por el contra-

rio sentir el anhelo de que se llevara de la corte de Castilla una impresión lisonjera. Contribuían a estas buenas disposiciones el saberle amparado por el cardenal Mendoza y el arzobispo Deza, pues si ella se consideraba modestamente incapaz de comprender al sublime visionario, le parecía de mayor peso la opinión de dos hombres eminentes, que la de muchas inteligencias mediocres. Alentaba en su alma de española, el deseo de que si había una positiva realidad en aquellas quimeras, no fuesen perdidos para su nación los ópimos frutos prometidos por el audaz navegante.

Recibió doña Beatriz de Bobadilla el encargo de comunicar a Colón el día y la hora en que debía pasar a la cámara regia, y don Fernando pidió que estuviesen presentes en la entrevista además de la reina, don Alonso de Quintanilla, don Luis de Santángel y los personajes más notorios en la corte por su saber.

La noche víspera de aquella reunión magna, doña Isabel al retirarse a su oratorio como era su piadosa costumbre, antes de entregarse al sueño, no podía apartar de su mente

las consideraciones que surgieron de la discusión antedicha. Elevando a Dios su plegaria, murmuró :

—¿Es un visionario este hombre, o existe alguna realidad en su quimérico proyecto? ¡ Iluminad, oh Dios mío, iluminad mi entendimiento para que yo adivine lo que mi razón no puede comprender...

CAPITULO DECIMO

POR CASTILLA Y POR LEÓN...



uestas las cosas en tan buena marcha, gracias a la intervención de Fray Juan Pérez de Marchena, y al recuerdo que guardaba la reina de las palabras del cardenal Mendoza sobre el navegante genovés, recibieron a éste los reyes, acompañados de importantes personajes del reino.

Por la estancia del sublime visionario—más de un lustro—en tierras de España su persona no era desconocida de muchos de los que asistieron a la audiencia real, aunque sí, muy vagas las noticias que tenían de su asom-

broso proyecto de atravesar el Atlántico, el que en frases más o menos claras, había expuesto alguna vez a muchos de ellos.

Colón hizo un esfuerzo para vencer su natural desconfianza y taciturnidad, expresándose en frases candentes que quería llevaran el más firme convencimiento a las personas que le oían. Mientras hablaba, sus ojos buscaban ansiosos las pupilas azules de la reina doña Isabel ; en sus oídos repercutía el eco de la voz de Fray Juan Pérez de Marchena que le decía : «Nada está perdido mientras vos no habléis con nuestra señora la reina.»

Ella era pues, la postrera y más segura esperanza del navegante, pero ella con su recato y modestia habitual, permanecía silenciosa, y Colón recibía en su faz la mirada aguda y certera de don Fernando, que no dejaba entrever la más pequeña sensibilidad. El rey había sido prevenido contra el fantástico extranjero que le pintaron como a un hombre de ideas atrevidas y de locura contagiosa. No obstante, era tal la sugestión que irradiaba de las palabras de Colón, tan comunicativa era su fé en lo que decía, que hasta en el mismo don Fernando penetró la

idea de aquella posibilidad que todos los sabios reputaban un desatino.

Colón terminó expresándose así :

—Innumerables son los testimonios que confirman la existencia de las Indias, de estos reinos de riquezas fabulosas que vió Marco Polo en su excursión por el Asia, cuando pudo visitar las regiones de la China, Tartaria y Persia. Estos reinos, distintos de estas conocidas comarcas, los llamó el veneciano viajero, reinos de Mango y de Catay, y afirma que en ellos se encuentran incalculables tesoros de metales preciosos, maderas riquísimas y esencias de todas clases, aun más olorosas que la mirra. Estos países, por la distancia que de ellos nos separa, han sido inaccesibles al comercio de los europeos de Occidente, pero yo entiendo, que se ha buscado de modo irreflexivo la comunicación con dichas comarcas. Baña las costas portuguesas y gallegas el mar Atlántico que ciertamente, baña también con sus ondas las costas de esos países maravillosos. El plan que propongo de absoluta sencillez, admitida la esfericidad de la tierra, consiste en atravesar el Atlántico, llegando hasta esa costa,

y adueñarnos de esos países que recibirán al mismo tiempo que nuestra civilización, la luz de nuestro Evangelio.

Hubo una pausa en la que todos se miraron al rostro.

—No hay cartas náuticas que puedan facilitar ese viaje tan difícil, y paréceme muy aventurado el creer que confiando en el azar, pueda alcanzarse esa costa fantástica, sin tener la más remota idea de hacia dónde se encuentra—dijo un cosmógrafo allí presente.

Colón se irguió, como si le hubiesen herido.

—No confío en el azar para llegar a esa costa, que vos consideráis fantástica y que tiene a mis ojos el relieve de la realidad, confío en la Providencia de Dios. El ha encendido esta luz en mi cerebro, y lo que para todos hasta ahora fué densa obscuridad, es para mí de una claridad meridiana. ¡Sí! Más allá del Atlántico hay tierras que esperan ver elevarse sobre su superficie la Cruz del Redentor.

Doña Isabel estremeciósese al escuchar estas palabras que hallaron un eco sobrehumano en su corazón y ya bien dispuesta la asam-

blea a aceptar las condiciones del sublin visionario, pidióle don Fernando éstas para llegar a un trato definitivo.

Colón, que estaba absolutamente cierto de la realidad de lo que ofrecía, y al que las muchas humillaciones recibidas en su vagar errante, dotaron de una noble altivez, pidió para sí, y para sus descendientes, la cédula de nobleza que les autorizaría al uso del don delante de su nombre bautismal, el título de almirante para sí y su descendencia directa, el nombramiento de virrey de los países descubiertos y la décima parte de las riquezas que pudieran obtenerse.

Cuando se trató en consejo de aquilatar estas proposiciones, las consideraron todos excesivamente exageradas, y Fray Fernando de Talavera, confesor del rey, que acababa de ser nombrado arzobispo de Granada, se expresó en estos términos :

—Semejante demanda es arrogante en demasía, y vuestras Altezas no pueden acceder a ella, cuando quien la presenta es un simple aventurero, al que ya arrojaron de sus cortes otros monarcas de Europa.

Mediaron varias personas para decidir a

Colón a modificar sus pretensiones, manifestándole que don Fernando no las aceptaría nunca, y que en cambio, si él perdía la brillante oportunidad que se le presentaba de poner en práctica su proyecto, ningún otro rey, como se lo atestiguaba su triste experiencia, sería capaz de facilitarle los medios para su empresa. Insistió mucho en tan delicado punto don Alonso de Quintanilla que tenía ciega fé en los planes del gran navegante, temiendo que entre la intransigencia del rey, y la terquedad del marino, se perdiesen para Castilla los problemáticos tesoros.

También trató de convencerle don Luis de Santángel, mientras que doña Beatriz de Bobadilla, ganada a la causa de Colón por la entrevista que tuvo con éste, insistía cerca de la reina pintándole al visionario como un hombre de tan firmes convicciones, que sólo Dios podía haberle dado la fuerza moral necesaria para soportar tan duros reveses.

Colón se negó en absoluto a modificar en lo más mínimo lo que había pedido como premio de la oferta que hizo a los reinos de Aragón y de Castilla, y con su altivez se-

vera, despidió a los últimos intermediarios, disponiéndose a partir de Granada, y a emprender de nuevo su dolorosa ruta en pos de su fantástico ideal.

Estaba ya resuelta definitivamente su marcha cuando se le pasó aviso de que la reina deseaba hablarle antes de que se alejara, y en efecto, en la cámara regia le aguardaba doña Isabel a la que acompañaban el rey, don Luis de Santángel y doña Beatriz de Bobadilla. La reina interrogó entonces directamente a Colón sobre su hipótesis, y su voz hizo que renaciera de nuevo en el corazón del navegante, la muerta esperanza. Insistió don Luis de Santángel en que si lo pedido por Colón era exorbitante, debía tenerse en cuenta que ofrecía innúmeras riquezas, y que de no conseguirse el fruto de su viaje, lo que se le concediera como recompensa quedaría anulado de hecho. Don Fernando aprobaba con la cabeza, dando a entender la inutilidad de lo que consideró femenino insistencia de la reina, y se repitieron las observaciones relativas al estado de agotamiento de la hacienda pública, por los gastos ocasio-

nados por la larga guerra de Granada. Colón se inclinó sin responder.

La reina tenía fijos los ojos en él, y sentía que una extraña y misteriosa emoción la impulsaba hacia el visionario adivinando que aquel momento era decisivo en la historia de España. Que si el navegante partía sin llegar a un acuerdo algo muy grande iba a perderse para la religión y para la patria. Recordó que la corona de Castilla poseía espléndidas joyas con las que ella se engalanaba siempre que las circunstancias exigían que diese, con el adorno de su persona, el más alto prestigio a la realeza. Aquellas joyas las había lucido en Granada queriendo manifestar a los ojos del pueblo moro, cuán grande era el esplendor de la reina de Castilla. Levantóse, fué a tomar el cofrecillo que las encerraba, y volviéndose hacia Colón se expresó así :

—Dicen la verdad los que afirman que el tesoro nacional está exhausto, pero yo tomaré a cargo de mi corona de Castilla los gastos de vuestra empresa. Para empezar, aquí están mis joyas, tomadlas y disponed de ellas de la manera que os parezca más convenien-

te al equipo de vuestras carabelas, y quiera Dios que sirvan, como habéis dicho, para que la Cruz del Redentor se levante en países de infieles.

Una vez puesta de manifiesto de manera tan clara la voluntad de la reina, firmáronse las cláusulas del pacto entre los reyes y Colón, el 17 de abril de 1492. En la cédula real, doña Isabel y don Fernando se consideraban como señores del Atlántico inexplorado, y nombraban a Cristóbal Colón almirante y virrey de las tierras que iban a descubrirse, concediéndole todas las preeminencias por él solicitadas.

Así terminó aquella última etapa de la estancia de Colón en Santa Fé, y así se comprendieron, y se compenetraron, el descubridor de un nuevo mundo, y la reina de los magnos destinos.

CAPITULO DECIMOPRIMERO

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO



Partió el esclarecido navegante a Andalucía llevando consigo pliegos de la reina para todos los alcaides y Corregidores que debían facilitarle los medios necesarios a la prosecución de su empresa, y ya sabemos que una vez resuelta la reina a ejecutar cualquier acto, su energía y su tenacidad no conocían límites. Con objeto de evitar rozamientos con los portugueses, se dió al nuevo Almirante la orden de apartarse todo lo posible de las costas de Africa donde tenían ellos sus posesiones, de-

biendo marchar hacia Occidente, sobre aquellas aguas azules e insondables jamás surcadas por la proa de ningún bajel.

Trasladóse la reina a Sevilla, y allí recibió la noticia de que Colón, mandando dos carabelas, la *Pinta*, la *Niña*, y la nao *Santa María*, se habían hecho a la mar el 3 de agosto de aquel mismo año llevando consigo a dos expertos capitanes, los hermanos Pinzón, y a un franciscano de la Rábida que fué en el mundo hombre de ciencia, y con el que trabó íntima amistad durante su estancia en el convento. La tripulación de los buques la componía gente aventurera, que creía no volver jamás a España y los reyes dieron un salvo conducto para todos los que habiendo sufrido rigores de la justicia quisieran embarcarse en los buques. El total de los hombres que tripulaban las tres naves era de ciento veinte, y la cantidad que entregó la reina, ascendía a diez y siete mil florines. Tan pequeña suma, y tan exiguo número de aventureros ganaron para España un mundo.

Muchos meses habían transcurrido sin que llegasen noticias de la temeraria expedición; ya muchos daban por perdidas las naves en

el seno del Atlántico ; lloraban las familias sus deudos de los que partieron con el almirante, pero no se extinguía la fé en el corazón de doña Isabel. Habíale parecido ver el dedo de la Providencia impreso sobre la frente del marino de Génova, y su esperanza en el resultado del viaje, la hacía defender elocuentemente al aventurero.

Hallábanse los reyes en Barcelona, la primavera del año siguiente a la partida de Colón, cuando llegó un pliego de éste comunicando que acaba de anclar en Lisboa ; una de sus naves se había ido a pique, otra desertó con su tripulación, pero él afirmaba haber descubierto tierras desconocidas y riquísimas, y con la venia de sus Altezas, marcharía a un puerto de España para preparar una segunda expedición de la que esperaba aún más favorable éxito. Su anclaje en el puerto del Tajo, había sido contra su voluntad, teniendo que presentarse al rey de Portugal quien la recibió con gran tristeza, y se lamentó de la injusticia de los hombres de ciencia de su país, que le trataron como visionario. Pocos días después llegó otra comunicación suya avisando que acaba-

ba de entrar en la bahía de Palos, a los siete meses y once días de haber salido de ella.

La impresión de los habitantes del pequeño puerto fué indescriptible. Corrieron como locos hacia la playa, y aun su asombro fué mayor, cuando vieron desembarcar al Almirante, y tras él, el cortejo que le acompañaba, formado por hombres de color cobrizo y extraños ropajes, que adornaban sus cabezas y sus cuerpos, con vistosas plumas, siguiendo tras éstos, animales extraordinarios, y grandes cofres, en los que venían metales preciosos, sustancias maravillosas y mil objetos que abultaba la fantasía popular.

Agolpábanse las gentes como enloquecidas por las ciudades de la Península que atravesó Colón hasta llegar a Barcelona, residencia entonces de los reyes, y allí, cual si de un monarca se tratase, salieron a recibirle a sus puertas todas las autoridades de la ciudad e inmenso público que victoreaba a los reyes de España y al Almirante.

Llegó Colón hasta la cámara regia donde aguardábanle sentados en un trono, don Fernando y doña Isabel y el príncipe don Juan que era por entonces un gallardo mancebo

de quince años de edad. Al presentarse el almirante, los reyes y el príncipe levantáronse de sus asientos, y doña Isabel la primera, se adelantó a su encuentro, tendiéndole las manos con irrefrenable emoción compartida por el sublime visionario. Tras de varias frases en extremo cordiales que se cambiaron entre todos, a petición de los reyes, expresóse el Almirante así :

—Altezas, éste es el momento más solemne de mi vida, porque he podido, con el auxilio de Dios, probar la realidad de mis visiones, y corresponder, señora—añadió volviendo a inclinarse profundamente delante de la reina—, a la confianza que en mí depositasteis. El descubrimiento no se debe a la casualidad, porque mi proyecto se fundaba sobre una base científica, y porque Dios dirigió la proa de mi nave, siendo mi primer pensamiento llevar a esas tierras desconocidas la luz del Evangelio.

Hablando luego de los detalles de aquella empresa casi milagrosa, refirió que hallándose en la inmensidad del Océano, se sublevaron las tripulaciones, y él entonces, pidió a aquellos hombres enloquecidos por el pavor

de lo ignoto, que le concediesen tres días más antes de poner rumbo a las costas de España.

—No fué, Altezas, un reto al destino esta promesa que les hice—continuó el Almirante—. Según mis cálculos, debía hallarme ya muy cerca de la ansiada costa, y había visto flotando sobre las olas ramas de árboles, y desperdicios de animales terrestres, y más que nada, era inquebrantable mi confianza en la Providencia. Martín Alonso Pinzón, que mandaba una de las naves, también arengó a sus hombres, diciéndoles que naves que salieron armadas por la reina de Castilla, no habían de volver a España sin traer buenas nuevas y que él, personalmente, ahorcaría o arrojaría al mar con sus propias manos a todos los cobardes.

Refiriendo este hecho, afirma un historiador que en el momento de la rebeldía de sus tripulaciones, la fé de Colón fué tan completa, que si no existiera el Nuevo Mundo, Dios le habría hecho surgir del fondo del Océano para premiarla.

—El 12 de octubre del pasado año—continuó el Almirante — encontrándome interro-

gando ansiosamente el horizonte, escuché un grito, exhalado por el marinero Rodrigo de Triana, que venía conmigo en la Nao *Santa María*; aquel grito era: ¡Tierra! y a su eco, todos los hombres se avalanzaron sobre cubierta. Distinguimos una costa, la que alcanzamos más tarde, y en la que pudimos desembarcar, pues sus habitantes, aunque salvajes, no eran agresivos. Ellos en su lengua desconocida de nosotros pronunciaban constantemente la palabra Guanahani, que luego averiguamos significaba, arrecife, pero yo le he dado a la isla el nombre de San Salvador y pido vuestra venia, Altezas, para darle el nombre de la Española a la primera nueva tierra que descubra, y el de Isabela a la primera ciudad que allí se funde.

Ordenaron los reyes grandes funciones religiosas para conmemorar estos descubrimientos. Consideróse el viaje de Colón como uno de los más grandes triunfos obtenidos por Castilla, y le fueron otorgadas todas las mercedes que se le habían ofrecido a más de otras nuevas, y el rey don Fernando, durante la estancia de Colón en Barcelona, siempre que se presentaba en público le lle-

vaba consigo, compartiendo los dos el delirante entusiasmo de la muchedumbre. Por su parte la reina recibía a Colón en frecuentes audiencias particulares, ultimando con él las disposiciones relativas a un segundo viaje, pues afirmaba el experto marino, que en el anterior sólo había pisado islas, más o menos extensas, pero que estaba seguro de hallar la Tierra Firme, y era preciso apresurarse, pues una vez demostrada la posibilidad de atravesar el Atlántico, los portugueses, y otros marinos se lanzarían sobre sus huellas científicas.

Concedió la reina al almirante que pusiera sus armas reales en su propio escudo, que consistía en un grupo de islas de oro en medio de olas azules, a las que luego se añadieron cinco áncoras y el famoso mote : *Por Castilla y por León—Nuevo Mundo halló Colón.*

Dispusieron los reyes inmediatamente que los indios que habían venido con el Almirante fuesen instruídos en las verdades de la fé de Cristo, y dos de ellos, cuya facilidad para comprender la lengua castellana demostraba una clara inteligencia, fueron designa-

dos para convertirse en misioneros, apadri-
nándoles en su bautismo el rey don Fernan-
do y el príncipe don Juan, cuyos nombres
les fueron puestos en la pila bautismal. Te-
nía la reina un profundo interés en la evan-
gelización de las descubiertas tierras, y man-
dó que los indios fuesen llevados a Sevilla
y puestos a cargo de eclesiásticos españoles,
que debieran en su contacto con ellos, no
sólo enseñarles las verdades religiosas, y la
lengua castellana, sino aprender ellos a su
vez la de los indígenas. Estaba en Sevilla de
Arzobispo, el sabio dominico Fray Diego de
Deza, que tanto había protegido el ideal co-
lombino, y que secundó con el mayor ahinco
los planes de la reina. El Almirante en una
de sus cartas posteriores a los Reyes Cató-
licos, afirma que a Fray Diego de Deza, de-
bían en gran parte don Fernando y doña
Isabel, el poseer las Indias. Como era lógi-
co, tratándose de enviar a las tierras descu-
biertas misioneros encargados de convertir-
las, entre los doce eclesiásticos escogidos a
este efecto, se designaron varios dominicos
y uno de ellos fué Fray Bartolomé de las

Casas, más tarde llamado, por su caridad evangélica, el Apóstol de las Indias.

Al hacerse Colón de nuevo para su segundo viaje doña Isabel le dijo lo siguiente :

—Os encargo, Almirante, que os abstengáis de toda medida violenta contra los naturales de estos países. Que se les trate como si fueran nacidos en mis tierras de Castilla, que se les distribuyan los regalos que envío para ellos, y sobre todo, que castiguéis duramente a cualquiera de vuestros subordinados que los maltraten.

Tales fueron las instrucciones precisas para la colonización de América que dió Isabel la Católica, más grande en los fastos de la historia por su magnanimidad, que por todas sus otras excelsas virtudes.

CAPITULO DECIMOSEGUNDO

PRISIÓN DEL ALMIRANTE



La unidad nacional completada por la conquista de la Andalucía árabe, y el descubrimiento del Nuevo Mundo, engrandecieron a España, convirtiéndola en una de las principales potencias europeas. Era forzoso que así sucediese, para que el dominio de Francia no llegara a constituir una verdadera hegemonía, y las nacionalidades que se estaban formando, adquiriesen su completo desarrollo. El trono de Francia había correspondido a un rey joven y ambicioso, que deseando realizar hechos nota-

bles, se puso de acuerdo con el duque de Milán, e invadió la Italia con el propósito de conquistar el reino de Nápoles, que por entonces regía un monarca de la rama bastarda de la Casa de Aragón. Uniéronse las pequeñas repúblicas transalpinas y los reinos amenazados, y con el Santo Pontífice a la cabeza, formaron una liga para defender el territorio.

Volvieron naturalmente sus ojos hacia España, donde el espíritu religioso se había manifestado en la guerra contra los moros, comprendiendo el Santo Padre, que monarcas como doña Isabel y don Fernando, no serían sordos a la voz del Jefe de la Iglesia, y como ya el hecho de la conquista de Granada, y el de haber purificado sus reinos de la herejía judaica, les daba grandes derechos a la consideración del Sumo Pontífice, éste les confirió, para sí, y para toda su descendencia, el título de Reyes Católicos que usado desde entonces por todos los reyes de España, se aplica especialmente en la historia a don Fernando y a doña Isabel.

Para acudir en socorro del Pontífice, preparáronse algunas tropas, que embarcaron

en naves a las órdenes del almirante Requesens de estirpe catalana. La reina con su gran instinto político, y su conocimiento del valer del hombre que escogía, designó a Gonzalo de Córdoba como jefe de la expedición militar. Los primeros triunfos de los franceses les habían engreído extraordinariamente, hasta el punto de que su rey se coronó en Nápoles, y al partir para Francia, dejó allí de virrey a un príncipe de sangre real, y de generalísimo, a uno de los caudillos veteranos de su ejército.

Las campañas de Italia que lograron para Gonzalo de Córdoba el título de *Gran Capitán*, se encuentran descritas detalladamente en otro libro de esta serie ; así, bástenos mencionar sus triunfos que arrojaron a los franceses de Nápoles, y sus brillantes hechos de armas en Cefalonia que arrancó a los musulmanes, para devolverla a la república de Venecia.

Murió por estos tiempos el cardenal Mendoza tan apreciado de los Reyes Católicos. Su privanza, que se fundaba en altísimas cualidades de carácter, había durado veinte años. A su muerte, estaba a su lado la reina,

quien le atendió cual si fuera su propia hija, encargándose luego de cumplimentar todas sus piadosas disposiciones. Queriendo, hasta el último momento tomar consejo de hombre tan docto, solicitó que le indicara un sucesor para su silla metropolitana, y su capelo cardenalicio. Mendoza había tenido ocasión de tratar a fondo a Fray Francisco Jiménez de Cisneros confesor de la reina (vida que también se relata en otro libro de esta serie). Como apreciara en este religioso condiciones excepcionales de capacidad política y energía de carácter, le propuso para que ocupara su puesto, lo que fué aceptado por la reina, y se realizó tras de una breve oposición de don Fernando.

Gran trabajo costó convencer al franciscano que se negaba a recibir tan altas dignidades, pues conociendo la responsabilidad que entrañaba su puesto, la energía de su propio carácter, que jamás se prestó a una transigencia, adivinaba las luchas de todo orden que habían de presentársele en el porvenir. El gobierno de Cisneros dió lugar a que muchos de los falsamente convertidos moriscos, se lanzasen a la rebelión y que és-

ta, extendiéndose por las Alpujarras, exigiera la actividad de muchas fuerzas militares, costando la vida aquella lucha cruenta, a don Alonso de Aguilar, hermano del Gran Capitán.

Gonzalo de Córdoba que había regresado de Italia cubierto de laureles, tomó parte en la sofocación de esta rebeldía, sin que considerara depresivo para su cargo de ex-generalísimo, el aplicar la escala a la muralla de la ciudad de Huéjar, subir el primero, y combatir allí rudamente con un fornido musulmán.

A la vez que se desarrollaban los acontecimientos de Italia, en los que llevaba toda la dirección don Fernando—por su carácter diplomático muy apropiado para burlar la perfidia de franceses e italianos—tuvieron lugar otros viajes de Colón. En ellos el almirante logró descubrir las grandes Antillas, y habiendo tocado en la isla de la Trinidad, siguió por la desembocadura del Orinoco, llegando a poner su planta en el inmenso continente andino. Comenzó la colonización de lo que empezara a llamarse América, según unos, porque el cosmógrafo que grabó las

primeras cartas geográficas era un italiano de nombre, Américo Vespucio y, según otros, porque la palabra América era la imitación de un nombre que repetían frecuentemente los indígenas, y pudiese indicar así en su lengua el sentido de «Tierra».

Colón había tomado el puesto de virrey, que si era de orden superior sus condiciones científicas y políticas no lo eran igualmente con respecto a los hombres que se habían aventurado a cruzar el Atlántico, que iban ansiosos de glorias, oro y de ganancia. Establecióse pues, una lucha entre el sublime visionario y aquellos aventureros, que dió por resultado un sin número de quejas, y don Fernando, de acuerdo con la reina, quiso mandar allí una persona de toda confianza que aclarase la verdad de lo que ocurría.

Para desgracia del rey, de Colón, y de España, se escogió, para tan delicado cargo, a don Francisco de Bobadilla, al que se le dieron plenas facultades de proceder en derecho, porque la distancia de la colonia a la península, entendían los reyes que exigía esta amplitud de facultades, para ganar tiempo y que se calmasen aquellas turbulencias. Boba-

dilla que era un simple caballero de la Orden de Calatrava, sintióse engreído con aquel cargo que le confería, a su entender, potestad sobre el virrey-almirante, y dejándose llevar de las calumnias a las que la ineptitud de Colón, como gobernador, diera motivo, le hizo prender, embarcándole en una nave, y se permitió la villanía de mandarle a España con grillos, a la vez que formaba un proceso voluminoso, catalogando todas las quejas de los enemigos del almirante.

La noticia de la llegada a España del ilustre preso produjo en todo el país la más profunda indignación, pero en nadie fué tan grande, como en los reyes. Comprendía don Fernando el oprobio que acción tan vil arrojaría sobre su nombre, y el alma magnánima de la reina se afligió sobremanera al pensar cuáles debieron ser los sufrimientos de aquel hombre que había cruzado el Atlántico para traer un nuevo mundo a Castilla, y que siete años después volvía aherrojado en una nave castellana.

Con la mayor diligencia remitieron a Cádiz órdenes para que el almirante fuese puesto en libertad y tratado con el decoro que co-

rrespondía a su alto rango, enviándole una lucida escolta para que a su paso, se le honrara en todas las poblaciones de Andalucía por las que debiera pasar en su ruta desde Cádiz a Granada, ciudad donde residían entonces los reyes. La reina en el momento en que vió aparecer a Colón en su presencia, levantóse de su trono, avanzando hacia él con los ojos llenos de lágrimas, y sin que una sola palabra pudieran articular sus labios. El almirante, dominando los sentimientos que le embargaban, exclamó así dirigiéndose a doña Isabel :

—Nunca he dudado, altezas, de la rectitud de vuestras intenciones, y la única queja que pudiese tener por el tratamiento de que he sido víctima, consiste en la persona encargada de cumplimentar las órdenes de vuestras altezas, porque era lógico que se quisiera esclarecer la causa de las múltiples quejas que contra mí acumularon mis enemigos. Si el hombre que debió ejecutar esta recata disposición, no hubiese sido un miserable, yo habría venido a defenderme ante vuestras altezas como lo haré ahora, sin necesi-

dad de haber soportado tan indigno tratamiento.

Protestó don Fernando de los injustificables actos de Bobadilla, y el almirante, fijando sus ojos en la reina, continuó así :

—En las largas noches que he pasado cruzando de nuevo ese Atlántico que conozco hoy como mi propia patria, mi pensamiento, alteza, estaba fijo en vos, porque confiaba en vuestra bondad y en vuestra justicia, y porque estaba seguro que vos que supisteis comprenderme cuando nadie tenía fe en mis palabras, me creeríais ahora, aunque nadie en España creyese en mi inocencia.

Los reyes determinaron, sin vacilar un momento, nombrar de nuevo a Colón virrey de la colonia, reintegrándole en todas sus atribuciones, pero como las noticias que llegaban de aquellas lejanas tierras eran pruebas inequívocas de la gravedad de las circunstancias, la sagaz política de don Fernando quiso evitar con la vuelta de Colón, el que renaciesen las turbulencias. Doña Isabel había celebrado largas pláticas con el almirante, y adquirido en éstas la convicción de la manera villana con que eran tratados los naturales del país

por los aventureros colonizadores. Así expidió una real cédula, declarando libres a todos los indios ; que se les respetasen sus vidas y haciendas como buenos cristianos que eran, por haber recibido el bautismo, y que fueran considerados en todos los órdenes, como a fieles y leales vasallos de la corona de Castilla.

Partió el nuevo gobernador, don Nicolás de Ovando, para la Española con una poderosa flota que le confiara el rey, debiendo intensificar a este objeto el comercio del país con España y aumentar así la riqueza pública. Colón, por su parte, sentíase desanimado, pero emprendió su cuarto viaje para complacer a la reina, que ansiaba devolverle la confianza en sí mismo y el prestigio y aplauso de toda la nación. El proyecto del almirante consistía ahora, estando ya seguro de que las tierras por él descubiertas no eran las costas del Asia, sino otro continente que pudiera ser la legendaria Atlántida, en buscar entre la isla de Cuba y la Costa Firme, un paso que comunicara los dos Océanos.

—He probado—dijo a doña Isabel—la existencia de tierras en el Occidente abriendo un camino que los demás seguirán ahora, pe-

ro ninguno tendrá el derecho de llamarse descubridor de este Nuevo Mundo, porque sólo habrán marchado sobre mis huellas.

A consecuencia de una fuerte borrasca, tan frecuentes en los mares de las Antillas, Colón, contra toda su voluntad, tuvo que buscar refugio, para sus cuatro carabelas en la Isla Española, encontrándose allí al gobernador Ovando con varios buques de su flota. Debía regresar en uno de ellos Bobadilla a España, conduciendo gran cantidad de oro, y por orden de los reyes se entregó una parte de este oro a Colón, en recompensa de sus servicios. El tiempo estaba huracanado, y el almirante con la nobleza propia de su carácter advirtió que creía peligroso el que la flota de Ovando se hiciese a la mar. Los enemigos despreciaron este consejo y, además, negáronle la entrada en el puerto para buscar abrigo de la tormenta próxima. Encontró Colón refugio en las costas de la Isla, salvando sus viejas naves, mientras que sus enemigos, al hacerse a la mar, fueron víctimas del huracán que destrozó la mayoría de sus buques, quedando solamente ilesa la nave que contenía la can-

tividad de oro correspondiente a la parte de Colón.

Muchos vieron en esto la mano de la Providencia que así amparaba a la ilustre víctima de tantas injusticias, mientras que la superstición de sus enemigos, acusaba al almirante de nigromancia.

CAPITULO DECIMOTERCERO

EL TESTAMENTO DE LA REINA



Terminaba a su término la vida gloriosa de doña Isabel. Dios que la había ceñido a las sienes la corona real de Castilla y la corona de estrellas del genio, no quiso privarla de la corona de espinas que tanto adoró ella en la cabeza del Redentor. Así, a los cuatro años de haberse rendido Granada, y en medio de las alegrías inefables del descubrimiento de un nuevo mundo, comenzó el dolor a desgarrar su alma. Murieron en el intervalo de poco tiempo, primero su madre, el año siguiente su hijo, el príncipe don Juan,

que acababa de casarse con la princesa Margarita de Austria, que era un mozo de grandes cualidades de inteligencia y de corazón, de quien doña Isabel esperaba que fuese otro Fernando el Santo, que llevase a España por el camino de la gloria y de la prosperidad.

Resignóse la reina a los designios de Dios como era su piadosa costumbre, viendo tal vez en la muerte del hijo varón que privaba a su dinastía de la corona, por no quedarle más que hembras, la unión total de la Península bajo un solo cetro. Al morir don Juan, recaía la sucesión en la encantadora princesa Isabel, unida al rey don Manuel de Portugal que encontrábase entonces en estado de buena esperanza. Pero murió la princesa al nacer su hijo, y poco después el niño en que se hubiesen reunido las tres coronas peninsulares. A sus amarguras de madre, se unían ahora sus angustias de reina, porque la que heredaría la corona de Castilla, era su hija la infanta doña Juana, unida a don Felipe de Austria, ya atacada de la locura de amor que perturbó su cerebro.

El consejero y consolador de doña Isabel en tan amargos trances, fué el cardenal Cisneros, que comprendía admirablemente las preocupaciones de la reina por el porvenir de España, y quien en frecuentes pláticas con ella, llegó a impregnarse de tal manera de su espíritu, que cuando quedó de Regente organizó la expedición a Orán, deseando adueñarse de la costa mediterránea del África que consideraban, él y la reina, como indispensable para la seguridad del territorio nacional.

El país entero seguía con dolorosa ansiedad los estragos de la decadencia física de la amada soberana, y así las Cortes de Castilla le pidieron una convocatoria, para que ella misma designase la persona que debía sustituirla en el caso de la presunta incapacidad mental de la princesa doña Juana. No eran sólo los representantes de la nación los que se interesaban por la salud de la reina, pues de todas partes venían nuevas de las manifestaciones religiosas que se hacían secundadas por el pueblo para implorar su curación. Aunque era notoria la gravedad de su estado, Es-

pañá no comprendía que pudiese faltarle su reina, como no se comprende teóricamente lo que representaría para la tierra la falta del sol en el horizonte.

Recibía doña Isabel, aunque ya postrada en su lecho, a notables caballeros extranjeros que le demandaban audiencia. Entre estos le fué gratísimo dar su mano a besar al general italiano Próspero Colonna, que había servido a las órdenes de Gonzalo de Córdoba, y que le refirió, con toda la viveza de expresión de un testigo presencial, las batallas de Ceriñola y del Garellano. Ella que había defendido al glorioso caudillo cuando estuvo encerrado entre los muros de Barleta por falta de fuerzas militares que le permitiesen batir a sus poderosos enemigos, afirmando enérgicamente, que lo que no hiciese Gonzalo de Córdoba, no podría hacerlo ningún caudillo en el mundo, ella, tuvo las últimas grandes alegrías de su vida con aquellas gloriosas victorias que confirmaron en el caudillo andaluz el nombre de Gran Capitán.

Al ver acercarse su último momento, doña Isabel pensó proveer, en lo que fuese posible, al bienestar de Castilla y de los lejanos paí-

ses descubiertos por Colón, cobijados desde entonces por la bandera española. Esperó a que llegara el 12 de octubre, aniversario del día en que el almirante vió por primera vez tierra americana, e hizo venir a su presencia a todas las personas que la ley exigía para que fuesen válidos los testamentos de los reyes de Castilla.

Un silencio letal envolvió la cámara regia cuando estuvieron todos reunidos, y agrupados junto a su lecho, el rey, el cardenal Cisneros, y doña Beatriz de Bobadilla, pues la infanta doña Juana hallábase entonces lejos de España. Comenzó la reina a dictar su testamento con voz débil, pero firme, y cual si su espíritu adivinase el porvenir, temblando al abandonar la tierra, ante un peligro que amenazara la integridad del territorio, encargó expresamente a todos sus sucesores que jamás se desprendiese España de la plaza fuerte de Gibraltar, que era la llave del Estrecho y la llave del Mediterráneo. Luego recomendó que no se diera ninguna ley, ni ninguna pragmática que no estuviese sancionada por el consentimiento de las Cortes, y que se

prestara la mayor atención a asegurar las libertades del pueblo.

Hubo una pausa ; la reina se cansaba al hablar, mas de pronto, incorporándose sobre las almohadas, como si temiera no ser bien oída exclamó así :

—Quiero que se trate con la mayor equidad y consideración a los indígenas de los países que Cristóbal Colón ha descubierto para mi corona. A ellos se les bautiza en la fe de Cristo, y yo les amo como si hubieran nacido en tierra de Castilla, y no quiero que se les despoje de sus haciendas, ni se les maltrate en sus personas, sino que la obra de su conversión a la fe católica se lleve a cabo con la mayor dulzura, sin que jamás se emplee la violencia.

Tomó nota el consejero mayor de estas cláusulas, así como de la en que la reina nombraba Regente de Castilla al rey don Fernando hasta la mayor edad de su nieto Carlos, hijo de la infanta doña Juana y, por último, dando a conocer los tesoros de ternura que abrigaba su corazón para su esposo, terminó pidiendo que se la enterrara en Granada, y que allí fuese enterrado cuando muriese

el rey don Fernando para descansar juntos en la tierra, mientras se realizaba su unión en el cielo.

Continuóse agravando la enfermedad del corazón que padecía la reina, y ella misma pidió que se le administrasen los últimos sacramentos, y era tan grande su pudor, que rogó al sacerdote que iba a ponerle los Santos Oleos que no descubriese sus pies desnudos. No bien terminó la sagrada ceremonia, cuando todos los presentes, incapaces ya de dominar la emoción que les embargaba, prorrumpieron en sollozos. Entonces ella, con su voz que conservaba el timbre de su juventud les dijo :

—No lloréis por mí ni perdáis el tiempo en hacer rogativas por mi restablecimiento... yo os pido tan sólo que roguéis por la salvación de mi alma.

Tal como lo había dispuesto en su admirable testamento, no se le hizo el regio funeral que le correspondía, sino que las cantidades que debieran emplearse en tan luctuoso acto, repartiéronse íntegras como limosnas a los pobres. Pero la ungieron con sus lágrimas

todos sus súbditos, e inmensas procesiones de muchedumbres entristecidas acompañaron su féretro desde Medina del Campo hasta Granada. Así bajó al sepulcro el miércoles 26 de noviembre de 1504 doña Isabel la Católica, la reina más excelsa de España y la mujer más grande de la historia.

CONCLUSION



La grandeza de Isabel la Católica depende de que ella encarnó el momento histórico del despertar del alma española que pedía la unificación de la Patria.

Supo también adivinar en Colón al descubridor del Nuevo Mundo, recibiendo la divina inspiración de Dios que quería que la América naciese en el regazo de España. Por la Reina, las primeras palabras de la religión católica se pronunciaron en las vírgenes tierras americanas en lengua de Castilla.

Muchos guerreros había entonces en la península que se cubrieron de gloria en la

guerra de Granada, y no era por cierto Gonzalo de Córdoba el más grato a don Fernando; fué doña Isabel quien señaló a Gonzalo para ir primero a Oriente, y luego a Italia, y el caudillo andaluz, además de cubrir de gloria nuestras banderas en Ceriñola y en el Garellano, hizo flotar en Cefalonia el estandarte morado de Castilla antes de que don Juan de Austria, llevando el pendón imperial, batiese en las aguas de Lepanto a los mahometanos ensoberbecidos.

La reina tuvo más que ninguna otra personalidad histórica, el contacto con el alma popular, y su piedad, no sobrepujada por nadie, era el reflejo de la piedad de la nación española, de modo que si no hubiera recibido el título conque la exaltó a la vez que a don Fernando, el Sumo Pontífice, leyendo su historia, la llamaríamos siempre por sus acendrados sentimientos religiosos, ISABEL LA CATÓLICA.

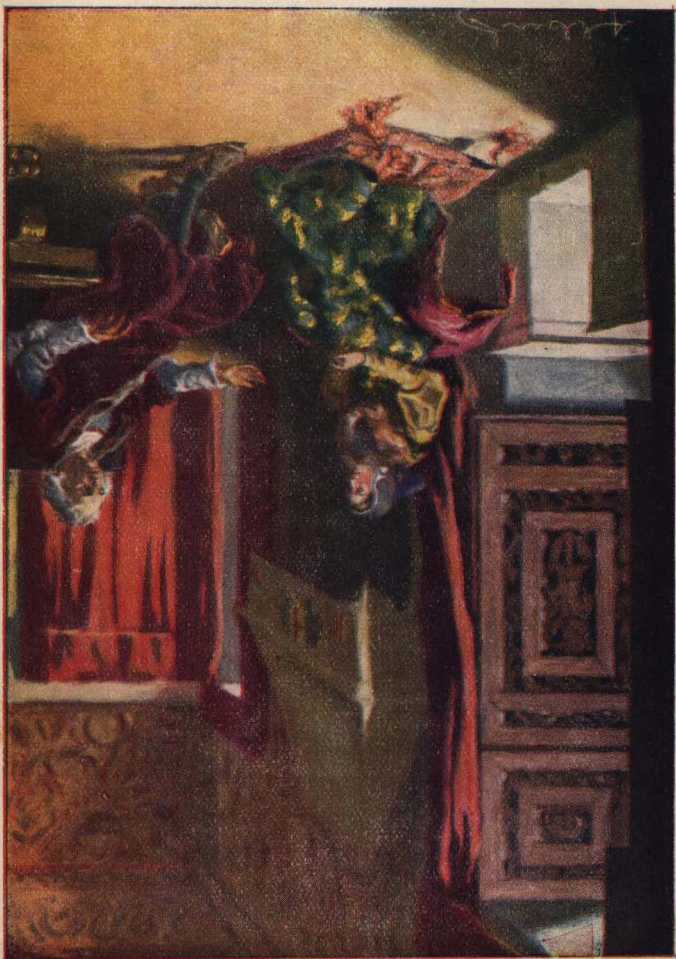
FIN





—Tuyo es mi paraíso, porque Alah

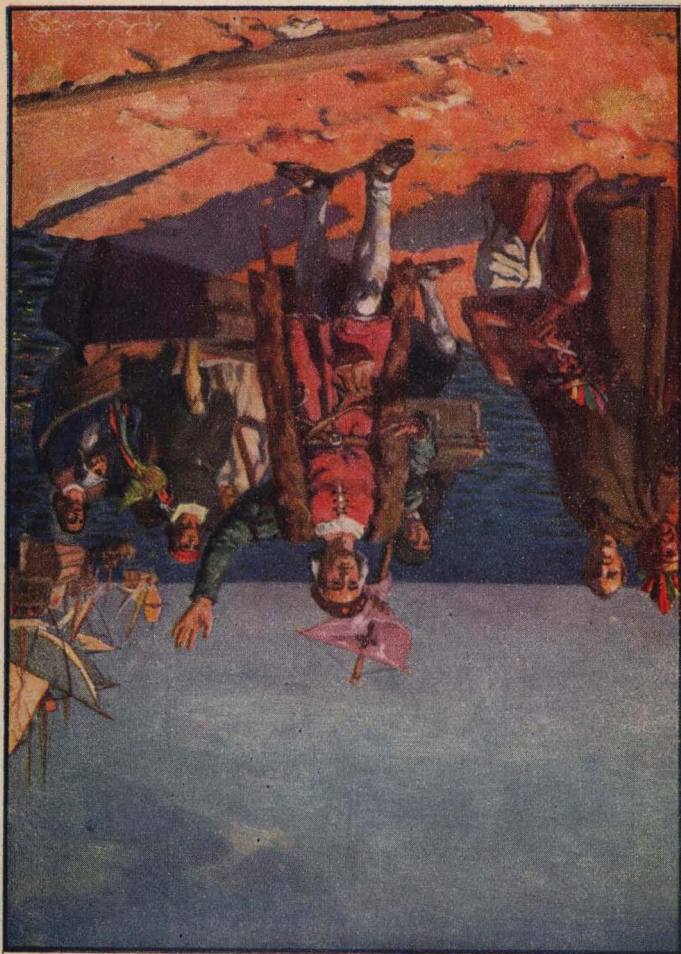
—¿Es vuestra merced navegante?





... aquí están mis joyas, tomadlas

... cuando vieron desembarcar al Almirante





Comenzó la Reina a dictar su testamento

Use... ese... ese...





—Juro por Dios, y ante Dios.....

La ola humana embravecida.....

